



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE FILOSOFÍA



TESIS

“PLANTEAMIENTOS SOBRE LA UTOPIÍA”

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADO EN FILOSOFÍA

PRESENTA:

RAÚL PINEDA MARTÍNEZ

ASESOR:

DR. CARLOS OLIVA MENDOZA

México, D. F., Ciudad Universitaria, mayo de 2008



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PLANTEAMIENTOS SOBRE LA UTOPIA

INDICE

Introducción	2
1 El estado de la temática en la actualidad	6
2 Cuestionamientos, motivaciones e instrumentaciones de la utopía	14
3 Exploración del concepto de utopía	21
4 De la relación entre el socialismo utópico y el socialismo científico	32
5 Dos modelos divergentes de la utopía	45
6 Aproximación a la utopía desde una concepción del hombre	61
Conclusiones	66
Bibliografía	70

Introducción

El tema de la utopía recibe actualmente poca atención en el pensamiento occidental y da la impresión de que es un tema abandonado y marginal. La utilización misma de la palabra utopía se elude, y cuando se pronuncia provoca una cierta actitud, consciente o inconsciente, que nos parece sintomática. ¿Cuál es esa actitud? La de la indiferencia, seguida con un encogimiento de hombros, o un franco desdén.

Que eso ocurra en la cotidianeidad podría no importar, pues el desconocimiento de lo decisivo que fue la utopía en la historia, lo explicaría. Pero que el desdén por la simple palabra utopía sea el reflejo de un prestigio venido a menos en el ámbito mismo del pensamiento y la producción de ideas, es lo que nos provoca y nos preocupa y nos lleva a hacernos cuestionamientos y a averiguar por qué se ha abandonado el estudio y la producción de utopías.

De manera que al percibir que el escaso aprecio por utopías no sólo se produce en el espacio amplio de cultural general de las sociedades, sino que parece provenir, de alguna manera, como de una derrota teórica en el campo de la historia de las ideas y del pensamiento, y cuando se la relaciona con un fracaso práctico en la historia que algunos regímenes políticos tan contrarios como el “socialismo real” y el fascismo se hayan instalado bajo su influjo, entonces la situación adquiere matices distintos.

En este trabajo se averiguan y exponen algunos planteamientos utópicos y antiutópicos, bajo la idea de que la temática tiene importancia intelectual, política y moral en el horizonte actual de nuestra civilización a la que se le niega la posibilidad de una sociedad alternativa, distinta a la del capitalismo y las formas de cultura que adopta, y ante una ideología imperante, para la cual el único mundo deseable es el mundo que coincide con el único mundo posible: el actual.

La pérdida de legitimidad de que es posible y necesario pensar en otras formas de organizar la vida de los hombres, de resolver los grandes problemas existentes y de dar respuesta a las inquietudes humanas por una vida más digna, nos hace pensar que la utopía como actitud y como imaginación abierta al futuro éticamente, la hacen indispensable a nuestro tiempo y nuestro mundo.

Al exponerse en este escrito planteamientos utópicos y antiutópicos, tanto en lo que se refiere a la definición del concepto como a su valoración ética y política, -en el contexto amplio de que ella, la utopía, ha brindado respuestas a preguntas humanas genuinas que hoy se quedan en el aire, como inquirir sobre el destino humano y otras preocupaciones más prácticas- hemos recurrido a un conjunto limitado de autores, algunos cuya obra es reciente y otros con mayor tiempo de haber generado sus opiniones. A los autores que hemos recurrido los conjugamos, para nuestro interés, el hecho de que se enfocan a la utopía desde una perspectiva amplia, que apunta a toda la humanidad, a toda la historia, a todo lo humano, antes que a un interés localista o a algún aspecto específico del tema como podrían serlo, por ejemplo, los de la relación con la ideología, o con la ciencia, o con el socialismo, o con la religión. En síntesis, sondeamos en aspectos generales de la utopía, con autores a veces poco conocidos, o de menor referencia en nuestro entorno cultural, pero que han dedicado buena parte de su pensamiento de manera central al tema de la utopía en lugar de tocarlo sólo de manera fronteriza, y son los casos de por ejemplo Uscatescu, Cappelletti, Nettlau, o Jean Servier.

En otros casos, el recurso a ciertos autores lo marcó su actualidad, debido a que sus ideas representan una respuesta ante las perplejidades en que nos tiene sumidos a algunos el momento presente. También operó en la elección de estos autores la contundencia de sus razonamientos críticos o la convicción teórica y moral de sus argumentos, y aquí pienso por ejemplo en Laplantine y Attali.

Pero en virtud de que ciertas ideas acerca de la utopía no pueden pasarse por alto, como la idea de oponer la utopía al socialismo o su contraria, que el socialismo práctico tiene un origen utópico, se recurre a pensadores como Sánchez Vázquez, Engels o Marcuse y a Popper o Francois Laplantine.

Otros autores son mencionados al paso sólo con brevedad, como René Dubos, Cioran, Frank E. Manuel, Schmidt u Horkheimer, debido a que la idea que en algún párrafo se explicaba venía al caso con alguna postura o propuesta de los mismos. Por ejemplo la idea de que la ciencia ha estado y está muy influida por ideales humanos utópicos, en Dubos. O la de que hay una distancia intencional entre la utopía y la ideología, que encontramos en Horkheimer. Aludimos a que Cioran, con su fina ironía crítica inhibe la exposición de ideas positivas de la utopía. También vemos que el tema admite distintos modelos de explicación y se enuncia con brevedad el que propone Ute Schmidt. En el mismo tenor citamos a Neussüs para quien la utopía no tiene una teoría sociológica compacta, más o menos consensada, que nos proponga parámetros precisos de definición.

Es preciso adelantar que no habiendo en efecto una teoría más o menos generalmente aceptada –en la medida en que pueda haberla, tratándose del género de pensamiento y de actitud vital tan diferenciada de la utopía-, optamos por ir señalando algunas aproximaciones al tema y ello ocupa buena parte del escrito.

Pero si algunas notas pudieran dar mérito a este trabajo, esperaríamos que deriven del esfuerzo intencional por llamar la atención acerca de la importancia de la utopía; por huir hasta cierto punto de posiciones hechas y reacias, es decir dogmáticas; y porque a pesar de una postura positiva de la utopía se trata con mayor énfasis un modelo crítico como el que propone Laplantine.

Pero también y dado que en el tema de la utopía la última palabra no se ha dicho, y de que su abandono intelectual se debe a la aceptación tácita de que la utopía ya no daría para más en virtud del colapso del socialismo real o del agotamiento

de la esperanza, hemos propuesto con modestia pero también con convencimiento, un modelo que interpreta y sintetiza el tipo de inquietudes existenciales, de interrogantes o de necesidades antropológicas y sociales a las cuales creemos que la utopía les ha brindado respuestas a lo largo de su historia, y que se las podría seguir brindando en el presente, en la medida en que tales apelaciones de la existencia prevalezcan. Adicionalmente y en complemento a ese modelo, proponemos una síntesis acerca del tipo de medios con los que la utopía ha intentado resolver los dilemas a los que responde. A estos medios les denominamos, simplemente, instrumentaciones utópicas. Finalmente también hemos tenido la osadía de formular una definición de la utopía, tal que con ella se abra nuestra imaginación a un renacer del tema teniendo como contexto el de un vacío de esperanza que percibimos en nuestro tiempo y nuestra circunstancia, tomando en cuenta los riesgos que implica repensar la utopía, con tantos argumentos en su contra, muchos de ellos de razonable contundencia histórica y lógica, pero cuyo vacío no se ha sabido llenar hasta el momento, excepto con indiferencia intelectual, o con conformismos prácticos. Y todo esto, en un trabajo más de exploración y rescate que de profundización. De ahí quizás su limitación porque, en vez de debatir teóricamente los argumentos descritos, subyace su debate social y ético. Esta es seguramente una limitación teórica, que en este caso ha sido conscientemente auto impuesta, y por eso no se ha determinado acometer el análisis y crítica o revaloración de una utopía concreta, hasta no tener un marco propio en qué apoyar ése tipo de trabajo.

Precisamente en la parte dos del trabajo tratamos de esbozar un marco de interpretación de la utopía, y en la parte sexta se enuncia una aproximación particular al concepto. No pretendemos ni competir con los autores que hemos referido, sino crear para nuestra propia comprensión una postura acerca del utopismo.

El estado de la temática en la actualidad

Preocupaciones viejas suelen dar lugar a respuestas que en la forma o en el fondo intentan ser novedosas, útiles, o al menos llamar la atención sobre determinados problemas, provocar reflexiones y críticas que, al fin y al cabo, retraen al escenario los temas que a uno le interesan.

Éste es el caso de la utopía que ha llamado nuestra atención desde hace ya algún tiempo, sobre todo por una “ausencia aparente”. Este magnífico tema (por su perseverancia a lo largo de la historia y también por su riqueza y complejidad) llama nuestra atención en tanto y por cuanto se ha manifestado en las más variadas formas, ya sea como utopías literarias, como programas políticos o como movimientos sociales efectivos que tratan de imponer un ideal de convivencia humana. Muchas de las expectativas que en algún momento formaron parte de la utopía, hoy forman parte de la rutina vital en que vivimos, así sea en forma imperfecta o inacabada.

La utopía es un tema provocativo para un horizonte existencial como el nuestro, que viene del periodo de la posguerra de mediados del siglo XX hasta principios del XXI, fase en la cual pese a la claridad científica con la que se nos presentan grandes posibilidades de conocimiento y de operación sobre el entorno, no parecen sin embargo disminuir aquellas condiciones de inconformidad que sumergen al espíritu humano en la sensación de caos, de incertidumbre, de insatisfacción, de sinsentido y falta de plenitud.

La provocación intelectual, filosófica, política de la utopía no es fortuita ni espontánea. Antes bien creo que la provocación que nos causa el tema de la utopía responde a una actitud de asombro e interrogación ante las circunstancias que estamos viviendo, actitud que es propia de la filosofía.

Sabido es que las utopías (lo que con esta palabra podamos imaginar por el momento) surgen y proliferan en periodos históricos conflictivos, desgarradores, de incertidumbre existencial, de inestabilidad e insatisfacción tanto para grandes masas de hombres y mujeres como para individuos y grupos que ocupan posiciones de privilegio. A decir verdad, los creadores de utopías han sido sólo unos cuantos individuos que a título individual, o como personificación no planeada de sus grupos de pertenencia, o incluso de las preocupaciones de su tiempo y de sus circunstancias, proponen modelos alternativos de organización de la vida social.

Bajo esta consideración, ¿qué duda cabe que los estragos de la Segunda Guerra mundial aunados a la recomposición del mundo y las naciones, de la revolución científico-tecnológica y del ascenso y caída de los países socialistas, ha dejado a hombres y pueblos en una especie de letargo, de desconocimiento respecto de su destino como individuos o como miembros de sus pueblos?

¿Acaso no es bajo situaciones semejantes que tuvo lugar la primera utopía tipo, como la que describe el ideal de una República perfecta por Platón? ¿Acaso no es durante la ruptura renacentista con el régimen medieval que se da lugar a una nueva oleada de utopías? ¿Y no es en el escenario del debilitamiento de la religiosidad, durante el Siglo de las Luces que habrían de resurgir las literaturas e ideales utópicos de carácter socio igualitario?

Y otro tanto cabe afirmar para la época del maquinismo de la primera revolución industrial, que al trastocar los cimientos de una vida apacible, ligada fuertemente todavía a la tierra y la producción artesanal, dio lugar a las utopías socialistas de fines del siglo XVIII y principios del XIX, cuya formulación más influyente histórica y políticamente encarnó en el socialismo marxista.

Y, si no bastara esta línea intermitente pero continua de producción de ideales utópicos, todavía el siglo XX fue un gran generador de utopías, aunque se

destacaría más por la producción de su contrapartida, las antiutopías, previendo, quizás, el fin de las imposibilidades utópicas, o los terrores de su realización, y aquí pensamos en textos como el *1984* de Orwell o el *Mundo Feliz* de Huxley, en las que definitivamente hay una renuncia al optimismo remoto de las utopías precedentes, cuyo entusiasmo por una vida feliz y perfecta nos brindó el aliciente de imaginar un mundo diametralmente opuesto al que se vivía.

Quizás entre una de las últimas expresiones de la utopía que confía abiertamente en un futuro ideal es el que retrata Wells en *Los Hombres Dioses* a principios del siglo XX; son los ecos finales de un mundo concebido como idilio humano con la naturaleza, ideal cuyo *topos* no está sino en el pensamiento que lo crea, pues la inocencia de tiempos anteriores ha cedido su lugar al realismo político social y al pesimismo utópico proyectado por las devastadoras antiutopías y por la crítica antiutópica.

Pero la pérdida de confianza en la utopía también proviene de otros hechos, como el haber radicado en ella las cimientos ideológicas de los terrores políticos del siglo XX, que desde ciertas posturas¹ interpretativas han invalidado a la utopía como fundamento intelectual del progreso humano.

Entre dichas posturas se pueden señalar dos. La que representa el racionalismo crítico de Popper quien en “Utopía y violencia”, (artículo escrito dos años después de *La sociedad abierta y sus enemigos*), define y se autodefine como un racionalista crítico. Allí enuncia las razones de su rechazo a la utopía, por considerar que ésta se opone por definición a la razonabilidad, y de la cual dice “la considero peligrosa y perniciosa. Creo que es autofrustrante y que conduce a la violencia”². La razón básica de su rechazo a la utopía consiste en que ésta al

¹ Por ejemplo desde la etnopsiquiatría y desde el racionalismo crítico de Popper.

² Karl Popper, “Utopía y violencia”, en Arnheim Neussüs *Utopía*, Barral Editores, Barcelona, 1971, p. 133. También en la crítica que hizo posteriormente al historicismo, refiriéndose particularmente al marxismo, en 1945, Popper descalifica la posibilidad de poder predecir el futuro y modelarlo desde el presente. Allí alude al argumento lógico de que no podemos saber hoy, lo que sabremos mañana y en consecuencia no se puede prefijar el futuro. Este argumento toca

presentar un modelo de sociedad futura postula fines últimos, y dado que ante la existencia de fines alternativos no se puede dirimir por medio de argumentos, ni científicos ni lógicos entre unos y otros fines, entonces sólo queda la salida potencial de destruir el punto de vista alternativo y a quienes lo sostienen.

Esa cauda de violencia potencial hace que Popper, que odia la violencia, rechace de plano el utopismo si bien no las buenas intenciones que éste suele contener pero ante las cuales el recurso de la violencia –revolucionaria o no- no indica un progreso humano.

Otra postura que ha contribuido al desprestigio de la utopía, proviene del marco general de la etnopsiquiatría³, marco desde el cual Francois Laplantine afirma explícitamente proceder a su análisis de los productos de la imaginación colectiva, entre los cuales se encuentra la utopía. Dice Laplantine en las primeras páginas de su libro “El instrumento que ha de guiar mis pasos a través de éstas páginas es decididamente pluridisciplinario: lo ha forjado pacientemente, estos últimos treinta años, mi maestro y amigo Georges Devereux, el fundador de la etnopsiquiatría”⁴

Pues bien, tanto si la crítica de la utopía se sostiene como si no se sostiene, nos sorprende sin embargo la ausencia de utopías en su tradicional forma literaria en las cuales se tratara de dar respuestas u ofrecer alternativas al imaginario político y social, ante las angustias y preocupaciones de una época como la nuestra, en la segunda parte del siglo XX y principios del XXI, tomando en cuenta que muchas e importantes ideas del pensamiento utópico hoy han alcanzado carta de ciudadanía y bien pudieran haber sido, o ser ya, una especie de trampolín para impulsar otras “realizaciones” no menos utópicas.

indudablemente a la utopía que sí modela el futuro como lo deseable. Este argumento de Popper es el que aparece en *La miseria del historicismo*, Taurus ediciones, Madrid, 1961.

³ Enfoque pluridisciplinario fundado por Georges Devereux, el cual estudia el comportamiento a partir del análisis comparativo de las culturas.

⁴ Francois Laplantine. *Las voces de la imaginación colectiva*. Granica editor. Barcelona, 1977 p. 14

Entre tales ideas de filiación utópica están, por ejemplo, la educación, o el ideal de la igualdad social, o los derechos de ciudadanía para todos; o el triunfo de la idea de que la ciencia debe estar al servicio del hombre mediante su aplicación en la tecnología y la producción, por dar algunos ejemplos.

De la educación tenemos el triunfo de su universalización, tanto en sus alcances y su cobertura, como también en la universalización de sus contenidos donde se pretende educar lo mismo para la ciudadanía nacional como internacional, para la ciencia, para las artes, para las humanidades, que tal es el caso hoy de los sistemas educativos en probablemente todos los países. Hablar hoy de educación es hablar de su carácter general y gratuito, incluso obligatorio, con inversiones que, aunque insuficientes, garantizan que la mayor parte de los niños y jóvenes accedan a las oportunidades que la cultura brinda; es hablar de una postura que fue utópica y que ha dejado de serlo porque se ha realizado y ello sería un buen argumento para ver en la utopías la posibilidad de realizaciones futuras, pues la utopía apunta a lo deseable a pesar de que en su momento se tenga por irrealizable. En el mismo tenor observamos que los sistemas educativos dirigidos, administrados, regulados y diseñados por el Estado que hoy son vigentes tienen un antecedente de la literatura utópica precisamente en la utopía de Platón

En cuanto a la idea de la igualdad social, no cabe duda de que ésta se ha convertido en la vara con la que se mide el nivel de desarrollo de los pueblos. A mayor igualdad, mayor desarrollo y viceversa. El que fuera un ideal del utopismo de los siglos XVIII y XIX, hoy es un parámetro con el que se diseñan las políticas públicas de los países que quieren así garantizarse un panorama más seguro de estabilidad política. Si bien es cierto que todavía vivimos en un mar de desigualdades de toda naturaleza, a pesar de ello el ideal de la igualdad no se discute en términos generales y se acepta como una aspiración válida la cual es, evidentemente, una conquista intelectual del utopismo que otorga así un sustrato y da legitimidad a casi todas las formas de gobernar la vida pública y a las aspiraciones de los individuos mientras prevalezcan los obstáculos que impiden la

realización plena del ideal. Así, la utopía no sólo enuncia un futuro deseable por el cual trabajar, sino que da legitimidad ética a las luchas del presente cuando ha conquistado una aceptación generalizada.

Si ciertamente la bondad intrínseca de los individuos que seguiría a su ilustración no es algo que podamos cantar a los cuatro vientos, sin embargo resultaría impensable que pudiera la estirpe humana mejorar sin apelación a la distribución generalizada de los conocimientos modernos a través de la educación. Y de la armonía social, de la relativa y razonable identificación del individuo con su grupo de pertenencia puede decirse otro tanto, pues la solidaridad se ha convertido en un concepto de convivencia no sólo deseable en términos idealistas, sino además necesario en términos de una convivencia pacífica “sustentable”; la solidaridad es un concepto práctico en tanto es concebido como instrumento para la erradicación del conflicto, de la soledad, del aislamiento y como forma de erradicar, minimizar o revertir la pobreza. Huelga referirse a los Objetivos del Milenio de la ONU cuya cimiento utópica es notable en varios sentidos.⁵

Sin embargo, a pesar de la contundencia de la crítica utópica señalada, que seguramente ha contribuido al desprestigio de este género de pensamiento, acaso equilibrada con la realización de ideales de origen utópico, a pesar de ello, sigue en suspenso la cuestión de la escasez de utopías literarias durante el siglo XX y es posible que esta carencia tenga otros elementos que nos la explican: Veamos algunos a título de hipótesis únicamente.

- Uno de ellos puede serlo el éxito de las ciencias y de las tecnologías que, al hacer que en el imaginario social (del cual participa también el intelectual, el potencial forjador de utopías) todo sea percibido como posible, que todo pueda ser realizable, entonces resultaría que ya el ideal tenido por imposible, el ideal que las

⁵ Los objetivos del Milenio de la ONU son: 1- erradicar la pobreza extrema y el hambre. 2- lograr la enseñanza primaria universal. 3- promover la igualdad de los sexos y la autonomía de la mujer. 4- reducir la mortalidad infantil. 5- mejorar la salud materna. 6- combatir el VIH, el paludismo y otras enfermedades. 7- garantizar la sostenibilidad del medio ambiente. 8- fomentar una asociación mundial para el desarrollo. El plan consistiría en que esto se logre para el año 2015

utopías postulan como lo deseable, como lo que debe ser, simplemente deja de tener el encanto de épocas pasadas. Este argumento, junto con los anteriormente expuestos, puede complementar el marco explicativo de por qué hoy no se producen más las utopías literarias: no tienen ya un mercado cultural, ni social ni político que las acoja, por más que las condiciones sociales prevalecientes nos las hagan parecer necesarias a algunos.

- Junto con lo anterior, concurre también el clima de pesimismo, de indiferencia y de intensa distracción promovida en los múltiples mecanismos actuales de la diversión facilitados por la tecnología y los medios de la comunicación masiva.
- Otra cosa que podría explicar la ausencia de utopías literarias es la circunstancia de que mucha de la producción de la imaginación que tiene que ver con el futuro se concretiza más en el cine que en la literatura -aunque en cierto sentido el cine sea literatura con imágenes-, pero su sentido comercializado la convierte más en un producto para la diversión que para la asunción de compromisos sociales.
- Otro posible factor que explicaría la ausencia a la que nos referimos puede serlo un alto grado de desencanto intelectual respecto de las posibilidades de mejoramiento de la vida humana en el planeta concebido de manera global.
- También cabe apuntar al hecho de que tanto en la política práctica como en la teórica hay un cierto triunfo de lo local sobre lo general y de lo concreto sobre lo abstracto, más perceptible si se quiere en las ciencias sociales, pero con enorme influencia en la dimensión política donde, más allá del nivel declarativo, también se privilegia lo particular sobre lo general.
- Y finalmente al enfocarnos a la poca producción de utopías en su forma literaria, puede concluirse que cuando lo inalcanzable es percibido como posible (así sea sólo teóricamente) ¿quién le ve caso a su postulación literaria?

Pero finalmente, lo que importa es saber a qué responde en lo general el pensamiento utópico y con qué técnicas o instrumentos se plantea su actualización imaginaria o real. Este asunto es el que se plantea en la siguiente parte.

Cuestionamientos motivaciones e instrumentaciones de la utopía

Las siguientes líneas se aventuran con la modestia, pero también con el compromiso de creer necesario y útil presentar, desde una perspectiva personal, algunas preguntas cuyas respuestas, por genéricas que sean, nos permitan adoptar una postura sobre nuestro tema en cuanto a los contenidos del pensamiento y la literatura utópica.

Inicio así: en principio ¿a qué temas, a qué angustias, a qué preocupaciones y vivencias de los individuos tratan de dar respuesta las utopías? De otro modo ¿para qué sirven las utopías a los hombres? ¿A favor de qué o en contra de qué asuntos humanos se han erigido las utopías que producen los hombres? ¿Son siempre las mismas preocupaciones antropológicas las que dan origen a las utopías o éstas se han modificado en el tiempo? ¿Hay alguna constante que justifique la producción y el estilo utópico? ¿Por qué se cree que las utopías no sólo no resuelven los problemas que abordan sino que los empeoran e incluso crean otros problemas dando lugar por ejemplo a regímenes totalitarios? ¿Podemos considerar también a las antiutopías como parte del mismo género, toda vez que no dibujan el mundo tal cual debería ser, sino el mundo tal cual “no debería ser”? Y, finalmente, a la luz de las posibilidades destructivas abiertas por la ciencia aplicada y por el poder de manipulación actuales ¿cabe aceptar que las antiutopías tengan mayor impacto que las utopías positivas?

El hombre, siendo animal, no se reduce a éste y contiene agregados (omitiendo entrar en la polémica acerca de qué es lo esencialmente humano y si lo es de manera radical o si la distancia con el animal es asunto de grado) esencialmente no animales. Entre estos agregados está la capacidad de interrogarse por el sentido de la vida, esto es, la conciencia de vida en concomitancia con la conciencia de la muerte. Sólo el hombre puede plantearse que la vida deba tener algún significado más allá que la pura sobre vivencia biológica.

Pero inclusive en el nivel biológico hay una constante de insatisfacción porque los hombres no percibimos tolerables muchas de las circunstancias que este nivel implica como el esfuerzo y sacrificio para procurarse alimento; o el peligro y la inseguridad proveniente de la naturaleza o de otros hombres; o la búsqueda de una comodidad que la naturaleza por sí misma no brinda; o nuestra relación con el cosmos que no es diáfana en lo inmediato; o el cuestionamiento sobre nuestro origen y nuestro destino; o el plantearnos la problemática de la vida en conjunto con nuestros semejantes, donde aparecen los conflictos de interés.

En este tenor, y en un intento particular de esquematización, creo que la utopía ha tratado de dar respuesta a problemas que sólo el individuo humano se plantea como los siguientes:

- La idea de la perfectibilidad humana y de sus instituciones
- La búsqueda de la felicidad
- El sentimiento de unidad con el universo, con la naturaleza y con el otro
- El problema de la muerte
- El sentimiento de soledad y aislamiento
- Crisis sociales por cambios, transiciones o rupturas históricas
- La pobreza
- La desigualdad e injusticia
- La armonía social y superación de los conflictos
- El hambre
- La inseguridad
- Las enfermedades y el dolor
- La vejez
- El trabajo como castigo por el pecado original
- La superación del mal
- La opresión de unos hombres por otros

Frente a estos problemas, frente a estas motivaciones fundamentales ante las cuales los hombres reaccionan, nos encontramos con la historia de esas reacciones y entre ellas están la mitología, la religión, la filosofía, los ritos de evasión, la creencia en los Mesías, los programas políticos radicales, movimientos milenaristas, e incluso las ciencias, que eventualmente se han ofertado y percibido capaces de dilucidarnos el sentido de la vida humana y de la vida en su totalidad, y de dar respuestas a muchas de las inquietudes enunciadas páginas antes; pero sobre todo nos encontramos, fundamentalmente, al pensamiento utópico expresado en literatura, en programas políticos, en movimientos mesiánicos, en la construcción de comunas guiadas por un ideal, en exigencias políticas plasmadas en constituciones, y/o en el establecimiento de problemáticas de las cuales han tomado sus temas más populares las ciencias, la técnica y la política.

La utopía como una de esas reacciones adquiere matices que tan pronto se asemejan como se diferencian a otros tipos de respuestas, dependiendo tanto de los tiempos y las circunstancias que las producen como de las situaciones geográficas y de la posición sociopolítica de sus creadores. Así es como en determinados momentos surgen principalmente utopías político-sociales; o utopías científicas, utopías religiosas, utopías tecnológicas, utopías burocratizadas, utopías filosófico-pedagógicas.

En un intento de síntesis respecto a las motivaciones y angustias generadoras de utopías que he puntualizado antes, creo que pueden concentrarse en tres modelos de búsqueda cuya presencia se da en prácticamente todas las utopías concretas, tanto las prácticas como las literarias.

La síntesis que propongo en seguida obedece más a una necesidad de simplificación casi visual y de claridad que a la de su discusión profusa. Entonces, el anterior esquema de motivaciones utópicas podría reagruparse así:

- 1.- Los deseos de perfeccionamiento.

- a) Perfeccionamiento moral del individuo
- b) Perfeccionamiento político de la sociedad y sus instituciones

2.- La búsqueda de la felicidad

- a) Felicidad para los individuos
- b) Felicidad para la comunidad

3.- Recuperación del sentimiento de unidad

- a) De unos individuos con otros; y de todos con la naturaleza y con el universo.
- b) De la comunidad generando valores, actitudes y prácticas favorables a la armonía entre los miembros de la misma.

Como resulta notorio, todas las posibles motivaciones utópicas enumeradas anteriormente, se inscribirían en una de las tres categorías anteriores y otras lo podrían hacer a la vez en dos o en las tres categorías dependiendo del enfoque o de la interpretación que se quiera hacer de tal o cual texto utópico concreto.

Así, por ejemplo, el problema de la pobreza cuando es “utópicamente” superado, lo mismo se inscribe en la categoría de la búsqueda de la felicidad que en la categoría del deseo de perfeccionamiento por cuanto nos hablaría evidentemente de un mejoramiento radical de las instituciones respecto de la distribución de bienes y la eliminación de la desigualdad social.

Otro aspecto que me parece digno de especificarse es el relativo a que las utopías, cualquiera sea la motivación esencial a la que responden, suelen valerse de determinadas técnicas o recursos de resolución, a los que podría denominar instrumentaciones, y estas instrumentaciones tienen que ver con los distintos grados de desarrollo alcanzado por la sociedad en la que se produce tal o cual utopía, ya sea en capacidad productiva, en conocimientos científicos, en la

utilización de determinados artefactos técnicos o, en fin, en el estado general de cultura y prácticas religiosas en que se encuentren.

Entre esas instrumentaciones posibles incluyo prácticas individuales y sociales que se conocen, y que si bien no son perfectas, el sueño utópico las perfecciona y las supera. Tales instrumentaciones en que se apoyarían las respuestas utópicas, además de otras, serían:

- a) La educación
- b) La técnica administrativa y la planeación social
- c) La política, guiada por la filosofía, por los valores morales o sociales más elevados

O bien otras instrumentaciones recurrentes como lo han sido:

- a) La ciencia
- b) La técnica
- c) La medicina
- d) La religión

Pero dado que hay utopías donde priva cierto ascetismo vital, encontramos instrumentaciones como el uso de sustitutos racionales de los placeres físicos y de las compulsiones. Entre esos sustitutos estarían:

- a) La cultura, entendida en un sentido restringido y específico, como el conjunto de las actividades recreativas o de diversión, de distracción.
- b) Los deportes
- c) El olvido, la indiferencia o la resignación
- d) Ciertos juegos sensuales, bastante reglados capaces de inhibir las compulsiones del deseo

Creo conveniente destacar aquí que en la utopía, a diferencia de otras “salidas” a la inconformidad colectiva, se ha tratado más de aminorar o desaparecer los placeres propios de la concupiscencia que satisfacerlos. En cambio ocurre que en los mitos y rituales de evasión, se busca la reconciliación del individuo con el cosmos y la comunidad precisamente a través del exceso y del aletargamiento, por demasía, de lo sensual. (En esta idea hay que exceptuar algunas expresiones utópicas de autores como Sade, Restif de la Bretonne, y relativamente algunos freudo marxistas como Marcuse o Reich).

Señalo esta diferencia característica de la utopía (aminorar los aspectos eróticos), porque en nuestro tiempo, admitiendo que estemos “viviendo la utopía”, ésta estaría mezclada con actitudes propias del mito o de la posesión por cuanto hoy los excesos en el placer erótico, sea real o ficticio, superficial o profundo, invaden la vida de los individuos complacientemente promovida por los Estados.

Pongo por caso el de los deportes masivos que intensifican las pasiones; o el llamado “mundo del espectáculo” que ocupa a veces más tiempo y entrega de las personas que a su vida personal; o la droga subliminal implicada en la moda musical; o la propia “pseudo educación” que imparten los medios masivos de comunicación, y todo aquello que permite tener vivencias de trascendencia transfigurada y momentánea, o que cuando menos hacen olvidar la tragedia global en que viven millones de personas, o los problemas del medio ambiente que no pasan de ser comentario intrascendente a los que cuando mucho la cultura general podría adjetivar como “muy interesantes”.

Quiero hacer notar que el cuadro de análisis expuesto antes acerca del tipo motivaciones y el de respuestas que han generado las utopías así como la esquematización que hago en tres categorías, es el resultado modesto pero personal de un intento de síntesis comprensiva; quiero decir que tal vez ese intento tenga menos profundidad y erudición que otras, pero expresa una originalidad didáctica, independientemente de que haya coincidencias o no con

otras interpretaciones seguramente más y mejor elaboradas acerca de la utopía, pero esto es lo que podemos aportar en un nivel descriptivo de la utopía. Más después de lo anterior y en consecuencia con los términos expresados cabe la pregunta ¿estamos en condiciones de proponer una aproximación más teórica a la utopía, una definición que se funde precisamente en el conjunto de motivaciones generadoras de utopías, en el trípode que las sintetiza y en las instrumentaciones con las que se han tratado de hacer posibles los “imposibles” de la utopía? ¿Cómo entender nosotros la utopía a partir de las inquietudes que nos llevaron a elección del tema y de las afirmaciones que hemos dejado en páginas anteriores? Esto es lo que intentaremos en la parte sexta, después de explorar algunos planteamientos sobre la utopía en autores dedicados de por vida a indagar el tema que nos interesa por su importancia en la existencia humana.

Exploración del concepto de utopía

Y bien, respecto a una definición de la utopía o en su caso de lo utópico, que sería una exigencia mínima en este trabajo, empezaré por declarar que esta exigencia sólo puede cubrirse de manera limitada pues no existen consensos bibliográficos al respecto. De entrada uno se ve obligado a hacer propia la declaración del destacado sociólogo Arnhelm Neussüs cuando postula las “grandes dificultades de una sociología del pensamiento utópico”⁶

Reconoce Neussüs que quien intente obtener una definición sobre lo que realmente es utópico, “se verá ante un conglomerado de variadísimos intentos de definición, de apreciaciones teóricas heterogéneas, y de aplicaciones del término apenas relacionadas entre sí, pero que han ido desarrollándose de manera sucesiva y paralela”⁷ es decir donde “o bien se califica de utópicas a las novelas a la manera de Tomás Moro, o bien utópico es la esperanza en una existencia extraordinariamente utópica en el mundo”⁸.

Frente a esas dificultades para encontrar una definición generalmente aceptada de lo utópico, Neussüs afirma que “Contra esto, en principio, no hay nada que oponer, siempre que uno sea consciente de que de esta manera se practica el empirismo, a sabiendas de que realmente aún no se ha logrado un serio trabajo teórico”⁹ capaz de establecer un concepto generalmente aceptado sobre la utopía. Más en virtud de que el tema de la utopía ha estado presente a lo largo de la historia de las ideas, Neussüs explorará algunas definiciones del término con la expectativa no tanto de construir él mismo una teoría sociológica del pensamiento utópico, cuanto de que “queden al descubierto las dificultades que entrañaría una

⁶ Arnhelm Neussüs, *Utopía*. Barral Editores. Barcelona, 1971, p. 9.

⁷ Neussüs, A. *op. cit.* p. 9

⁸ *Ibidem*

⁹ *Ibid.* p. 10

teoría semejante”¹⁰ tal que la utopía pueda encontrar pronto su propia teoría como ya ocurrió con la ideología la cual sí cuenta con toda una teoría de sí.

Pero aún con las dificultades enunciadas que implica la ausencia de una tal teoría, juzgo necesaria una revisión de algunos de los intentos por definir la utopía desde distintas perspectivas de análisis y es lo que enseguida presento.

Autores de distinto perfil, acuerdan en dar a la utopía el significado de un sueño que acariciarían los hombres y en especial los individuos pertenecientes a las clases sociales más pobres e infelices cuyo deseo sería dejar de serlo y dejar de serlo ya y para siempre. En este aspecto, la utopía entraría en contacto cercano con la ideología; con la ideología en cuanto una concepción liberadora y no, como lo ha sido para otros, como legitimadora de un status de explotación¹¹.

Entre tales autores por ejemplo el mismo Neussüs refiere a Voigt para quien

“la utopía consiste fundamentalmente en la planificación concreta de un estado futuro, y, por tanto, su concepto de utopía tiene todas las características de un contenido conceptual cuyo propósito crítico consiste en demostrar las posibilidades de realización de todo lo que se considera utópico”¹²

Siendo así que, en última instancia, las utopías sean “representaciones ideales de otros mundos, cuya existencia o posibilidad no se puede determinar científicamente, sino que en ellas sólo se puede creer”¹³.

¹⁰ *Ibidem*

¹¹ Aquí pensamos en la ideología tal como es concebida desde el marxismo, como una visión falsa de la realidad que oculta a las masas trabajadoras las condiciones reales de su existencia. Y la utopía vendría a representar una visión crítica de dicha realidad que al rebelar el carácter injusto de dichas condiciones de vida se erige en un arsenal crítico que puede disponer a la acción transformadora, y no sólo, ni necesariamente, reformista, como fue el caso de los socialistas a los que Engels aplicó el adjetivo de “utópicos”.

¹² *Ibid.* p. 33

¹³ *Ibidem*

Horkheimer por su parte observará que “si la ideología provoca la apariencia, por el contrario la utopía es el sueño del `verdadero´ y justo orden de vida”¹⁴ y esta aseveración enfatiza la contraposición histórica ente la ideología y la utopía. Precisamente para Horkheimer, “las grandes utopías del Renacimiento son la expresión de las capas desesperadas, que tuvieron que soportar el caos de la transición entre dos formas económicas distintas”¹⁵, capas que fueron arrojadas de sus tradicionales formas de vida, de trabajo y de vivienda a las nacientes fábricas industriales y cuya situación proporcionó el argumento social para el primer gran relato utópico renacentista, a saber, la *Utopía* de Tomás Moro publicada en 1516.

Debo matizar desde ahora que esta interpretación se contraría con la de otro autor, Laplantine, para quien, por el contrario, Moro habría sido el reflejo de la burguesía frustrada de su tiempo, cuyas aspiraciones de ascenso simplemente no fueron satisfechas.

Esta doble significación histórica refleja fielmente la complejidad y ambigüedad del concepto de utopía, pero también su carácter intrínsecamente polémico. No son en efecto las grandes masas las que producen las utopías ni en su forma literaria ni en su forma de ensayo político, ni en la creación de las representaciones idealizadas de un futuro mejor, no, pero son las condiciones de vida de dichas masas las que brindan el espectáculo histórico ante el cual reaccionan ciertos sujetos provistos de la cultura y la capacidad de reaccionar intelectual o políticamente ante esas condiciones sociales dadas.

No es objeto aquí determinar un posible origen de clase de las utopías, pero sí enfatizar su enraizamiento con el suelo de la realidad que observan sus autores y el carácter de sus reacciones, que en este caso consiste en imaginar tiempos y mundos distintos al prevaleciente e incluso asumiendo que alguna vez serán realizables.

¹⁴ *Ibid.* p. 11 citado por Neussüs.

¹⁵ Horkheimer, M. “*La utopía*”, en Neussüs, A. *op. cit.* p. 91

Por otra parte no ha resultado nunca necesario que un Moro, un Campanella, ni siquiera un Owen o un Engels tengan que pertenecer a las capas que viven en la miseria para que asuman en el pensamiento o en la práctica el reto de crear posibilidades futuras -utópicas- y circunstancias mejores. Unos viven el mundo que “no debe ser”, pero otros, en efecto quienes están provistos de los instrumentos del pensamiento y la cultura, generan la imagen del mundo que “sí debe ser” y que podría realizarse, cuando menos así lo creen los creadores de utopías. Esperar lo contrario, que los generadores de utopías pertenezcan a las capas sociales que sufren por un presente intolerable, probablemente habría hecho imposible la creación misma del género.

Pero los intentos por definir lo utópico no sólo nos colocan ante contradicciones respecto del origen de clase de estas formulaciones del pensamiento; también existen actitudes opuestas respecto de su valoración en la historia. Por ejemplo, para el historiador Max Nettlau la utopía

“es un fenómeno social de todas las épocas y una de las primeras y más antiguas del progreso y de la rebelión: porque el deseo de elevarse por encima de un presente que no parece aceptable más que para el usurpador y el disfrutador, y la esperanza de que se triunfará un día, los medios para llegar, todo eso se transforma en reflexión sobre el porvenir, en visión de lo que podría hacerse”¹⁶.

Para el mismo Nettlau, las utopías no tienen un *topos* social privilegiado del cual emerjan, pues pueden surgir “del medio gubernamental, municipal, educativo, de la conciencia de la injusticia social, del acaparamiento de las tierras, de la crítica de las costumbres etc.”¹⁷, medios a los cuales suelen pertenecer históricamente los escritores de utopías y en los que se forma su espíritu y su carácter ya no sólo por la educación que reciben, sino porque llegan a ser funcionarios políticos, administrativos, educativos o pastorales como es el caso, sobresaliente por todos conceptos, de Moro, quien conoció la crítica social de la iglesia y en quien el

¹⁶ Nettlau, Max. *Esbozo de historia de las utopías*. Ediciones Imán, Buenos Aires, 1934. p. 7

¹⁷ Nettlau, Max, *op. cit.* p. 15

conocimiento del derecho natural de los hombres hizo renacer “la utopía social sería 18 siglos después de Platón”¹⁸.

Al hablar de la utopía social seria, Nettleau se refiere en primer lugar a aquella que se enfoca a una posible realización social y en este mundo, haciendo la distinción de las utopías de orden religioso, que depositan los anhelos de los hombres más allá de la vida terrenal y en vistas de una salvación espiritual. Pero no sólo por eso. También la distingue de las utopías religiosas porque éstas responden más a intereses de dominación temporal y espiritual. Esto no quiere decir que toda utopía de naturaleza religiosa haya respondido a motivaciones mezquinas, lo cual sería absurdo y erróneo, pues bastaría recordar la gran religiosidad de creadores de utopías durante la edad media y el renacimiento, que estarían lejos de poner su inteligencia consciente al servicio esos intereses, entre quienes se puede nombrar a Joachim de Fiore, o pensar en Moro y Campanella en los que por el contrario, su religiosidad está a la base de su reacción utópico literaria ante las injusticias que observaron.

Pero esa no fue una actitud que se pueda generalizar y quizás por eso Nettleau hace la distinción inmediata entre la utopía social y otras formas de expresión de lo utópico, sobre todo de la Edad Media cuando el cristianismo se tornó absorbente y manipuló la conciencia social de los hombres promoviendo más un conformismo que una rebeldía y dando lugar, tal vez sin proponérselo, a movimientos sociales que no pudo controlar, o a expresiones utópicas maravillosas y exageradas que reflejaban la situación lamentable de hambre y carencias sociales.

Vamos, el tenor de legitimación y la valoración cristiana de la abnegación y la resignación ante situaciones sociales injustificables, también tuvo sus ilustraciones utópicas y contra ello se declara Nettleau y compartimos esa postura crítica por las mismas razones que consideramos necesario el resurgimiento de la crítica social

¹⁸ *Ibid.* p. 23

desde el utopismo. Y no en balde al estudiar el tema de la utopía en la Edad Media nos recuerda Servier, que “De ahora en adelante, la iglesia, para los pueblos del norte, es la casa del Diablo que ha de ser derrumbada, el último refugio de los réprobos que han de exterminarse para que Dios pueda reinar en la tierra y dar a sus elegidos una felicidad milenaria”¹⁹

En otro intento por definir el concepto de la utopía, Ángel J. Cappelletti sostiene que si bien todos los pueblos del mundo han tenido sus mitos, sólo en los de occidente se han forjado utopías, esto es “mitos conscientemente elaborados que tienen sus raíces en el raciocinio y proponen a la voluntad humana un nuevo modelo de convivencia”²⁰. Y siendo esta una actitud occidental que se debe

“en primer lugar al sentido helénico de la positividad de lo terrestre, a la afirmación de la vida presente que predomina entre los griegos. Pero –agrega- se debe sobre todo, al hecho de que sólo en Occidente, por obra de la concepción cristiana del mundo, se ha desarrollado una conciencia y una ciencia de la Historia, con lo cual se ha producido la radical posibilidad, más aún, la intrínseca exigencia, de *contraponer en el plano de la convivencia humana lo que es a lo que debe ser*”²¹.

Pero de esta manera, el estudio de la historia sería a la vez inseparable del estudio del deber ser histórico y por lo tanto del estudio de las utopías como historia de las metas propuestas por los hombres a la Historia²² y, de este modo, estaríamos negando la existencia de fatalidades mecánicas o estadios necesarios, y más bien afirmaríamos que son posibles una gama amplísima de ideales de vida y de aspiraciones legítimas incubadas en la razón y la voluntad humana y que se han plasmado en una literatura específica, la literatura utópica, para dar cuenta, por una parte, de su reacción ante “lo que es y no debe ser” en la existencia, y en

¹⁹ Servier, J. *op. cit.* p. 63

²⁰ Cappelletti, Ángel J. *Utopías antiguas y modernas*. Editorial José M. Cajica, Puebla, México, p. 7 (no se consigna año de edición)

²¹ Cappelletti, Ángel, J. *op. cit.* p. 7

²² Hago énfasis de que la idea de la utopía como guía de la Historia se contrapone a la de que la utopía es su negación en cuanto representa una huída del tiempo, para buscar la perennidad y la quietud aplazando el movimiento a favor de la estabilidad.

seguida para proponer aquello que se considera lo mejor. Es decir, la voluntad proyectada en la forma de la utopía literaria, pero investida de un imperativo que se propone imponerse a una realidad a la que no se considera destino fatal, sino circunstancia que puede ser modificada, idealmente en el presente, y prácticamente en el futuro.

Frente al desprestigio posterior de la utopía, debido a causas dispares y contradictorias, cuando no a interpretaciones dogmáticas del término, (por ejemplo su asociación mecánica con el socialismo “real” y, paradójicamente, también con los fascismos contemporáneos), hay quienes han cantado con gusto su indeseabilidad y su muerte, pero también quienes albergan su retorno y ven en la realidad presente incluso su triunfo. Entre los últimos se haya Georges Uscatescu para quien estamos viviendo la edad de la utopía. Afirma que “no sólo a pesar de sus conquistas, sino por sus conquistas, este tiempo nuestro ya no es la edad del anhelo y mucho menos la edad de la plenitud. Es la edad de la utopía. Es el triunfo de la utopía”²³.

El triunfo utópico que clama Uscatescu, acaso y aunque no otorga sensación de plenitud a los hombres, nos remite a la conjura de Marcuse para quien la utopía simplemente habría dejado de estar presente en el pensamiento como tal, como utopía, porque ahora ha encontrado su *topos* al convertir sus premoniciones en auténticas posibilidades de realización.

Uscatescu sin vacilaciones afirma que

“Entrelazada con las conquistas de la ciencia, la utopía vuelve a florecer entre nosotros, –y– sólo la idea de que el hombre está a punto de ponerse en contacto con otros planetas, en que acaso existan formas de vida y formas sociales, reactualiza antiguas y nuevas utopías”²⁴.

²³ Uscatescu, G. *Utopía y plenitud histórica*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1963, p. 21

²⁴ *Ibid.* p. 22

En este punto conviene resaltar la relación que establece Uscatescu entre la utopía y la ciencia precisamente hoy que vemos, por un lado, el triunfo en el imaginario social de una cultura de la ciencia y, por otro, el rechazo a los idealismos cuya “imposibilidad” los hace ver como utópicos y, por lo tanto, alejados de la ciencia y carentes de sentido. El autor referido está consciente de esta circunstancia cuando expresa “Pero si las relaciones entre Ciencia y Utopía pueden resultar aún hoy artificiales, pese al hecho de que siempre hubo leal hermandad entre Ciencia y Utopía, ¿quién podría negar el triunfo de las evasiones utópicas en el terreno específico de la Utopía?”²⁵ (Creo que debería decir “de la Ciencia” y no “de la Utopía”).

Respecto de la aseveración anterior en la que se establece la relación entre ciencia y utopía, deseo hacer notar que con mucha más argumentación de por medio René Dubos²⁶ sostiene la misma tesis de la intensidad con la que se relacionaron en el pasado y se relacionan en el presente las propuestas utópicas con la investigación científica, siendo ésta una relación de doble dirección. De un lado la ciencia es influida por la utopía, pero del otro las conquistas científicas a su vez alimentan las expectativas sociales que luego se plasman en la utopía, o en utopías que se asumen portavoces de anhelos sociales.

En su estudio Dubos toma como ejemplo preferido de esta interrelación a la historia de la medicina, la cual ha dedicado grandes esfuerzos de investigación orientada temáticas que percibe como científicas, y que en realidad tienen su origen en deseos y anhelos sociales de filiación utópica. Por citar algunos casos paradigmáticos puede pensarse en el esfuerzo científico por erradicar todo tipo de enfermedades; o los afanes por encontrar métodos que eviten el dolor; o más ambicioso, las investigaciones –de ya larga historia– para prolongar el tiempo de vida de los seres humanos.

²⁵ *Ibid.*, p. 21

²⁶ Dubos, René. *Los sueños de la razón. Ciencia y utopías*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Primera reimpresión, México, 1976.

Incluso es llamativo que el texto de Dubos nace de una serie de conferencias (las conferencias Pergram) dictadas ante científicos de primer orden en el Laboratorio Brookhaven durante 1960, y su eje inspirador fue el aniversario cuatrocientos del nacimiento de Bacon (Francis). Allí el autor reconoce

“la influencia social de los escritos de Bacon y de su descripción utópica de la Casa de Salomón en la *Nueva Atlántida*. De ahí la asociación de ciencia y utopías –dice– que se me vino a las mentes aún antes de saber cuál sería precisamente el contenido de las conferencias”²⁷

Y agrega que su intento es “mostrar que las ilusiones, aspiraciones y caprichos de la humanidad, aún más que sus necesidades físicas, influyen profundamente sobre las creencias y actividades de los científicos”²⁸, los cuales “pueden ser escépticos hacia las utopías sociales fundadas en teorías políticas, pero rara vez dudan de que la humanidad alcance pronto el milenario, si se llevan a la práctica las teorías de ellos, basadas en las ciencias naturales”²⁹.

Con esta nueva aproximación a la definición y valoración de lo utópico puede uno constatar que el tema y su trascendencia no acomoda a un mero subproducto caprichoso de la imaginación, sino que también da cuenta de la evolución de otros productos de la inteligencia con los que se relaciona, como lo es la ciencia médica, cuya racionalidad no se pone en tela de juicio tanto como le ocurre a la utopía en general.

Huelga decir que en el libro de Dubos éste hace una extensa revisión de cómo ha influido la utopía en la investigación científica, pero también de cómo la ciencia ha proporcionado conocimientos que ampliaron el horizonte de las expectativas utópicas llegando a ocurrir que hombres con gran formación científica produjeron utopías, e ilustra la idea con los casos de George Herbert Wells o el de Julio Verne.

²⁷ Dubos, R. *op. cit.* p. 13

²⁸ *Ibidem*

²⁹ *Ibid.* p. 66

En una variante de interpretación, Jean Servier, apologista e historiador, estudia otras formas de generación de lo utópico³⁰. En un primer momento su abordaje es más profundo, *más filosófico* e incluso religioso. Nos remite al origen del mal y a la búsqueda de la salvación mediante la comunión con el cosmos o con una naturaleza de la que nos habría desprendido el pecado original. Bajo esta perspectiva la utopía se puede interpretar como una apelación al pasado, como un retorno a los orígenes, ya sea con espera de un Mesías o bajo la forma de los agrupamientos colectivos (entiéndase la comunidad) capaces de guardar y resguardar al individuo contra la ira divina.

Posteriormente Servier traslada su interpretación de la utopía a los terrenos propios del hombre, donde ya “la utopía es la ciudad del Hombre, tolerante e indiferente a todo pensamiento religioso”.-pues- “todas las utopías quisieron ser religión del hombre, ahorrándole las angustias de la meditación sobre el sentido de su aventura terrenal y ofreciéndole su propia finalidad”³¹. En esta idea Servier coincide con el autor de *Del paraíso a la utopía*³², Louis Rougier, quien sostiene la tesis de que la utopía implicó a partir de cierto momento una reapropiación por parte de los hombres de su propio destino terrenal, sobre todo a partir del Siglo de las Luces.

Hasta aquí pues algunas formas de aproximación a la definición de lo utópico, en una exploración que desde luego cubre poco de una abundante bibliografía existente a propósito de nuestro tema, enunciada más para mostrar la complejidad y cómo la utopía se relaciona, prácticamente, con todas las formas de pensamiento, actitudes y actuaciones de los hombres, en el pasado, en el presente y tal vez en el porvenir.

³⁰ Servier, J. *Historia de la Utopía*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1969.

³¹ Servier, J. *op. cit.* p. 19

³² Rougier, L. *Del paraíso a la utopía*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

Pero hay un asunto que no puede dejarse de lado bajo ninguna circunstancia, y es el de la forma como el socialismo científico percibió al utopismo, porque esa percepción, como quiera que la haya entendido, tuvo una gran influencia posterior en nuestras actitudes ante la utopía. Esto es lo que se tratará en la siguiente parte.

De la relación entre socialismo utópico y el socialismo científico

Para un interprete marxista de la utopía, Adolfo Sánchez Vázquez, la utopía es una salida limitada, que sólo interpreta y critica la realidad sin descubrir su estructura para elegir los recursos adecuados para su transformación, postura a partir de la cual se estableció la diferencia entre los socialistas utópicos y los científicos, y diferencia que terminó por reducirse debido a un evidente dogmatismo y a los propios equívocos del pensamiento socialista original. Por ejemplo en *Del socialismo científico al socialismo utópico*, Sánchez Vázquez, hace una revisión explicativa de las razones por las cuales Engels y Marx –pero sobre todo Engels– se desmarcan respecto al utopismo socialista de Saint Simon, Fourier y Owen y lo que se le parezca.

Para Sánchez Vázquez, el utopismo es un comportamiento al nivel de la teoría o de la práctica que ha evolucionado históricamente, y en esta evolución puede inscribirse la postura crítica de Engels. Para este autor, la primera oleada utópica, la de Platón, que diseña el ideal de una república perfecta, carece de interés político, porque esa utopía se plantea a sí misma como imposible, como un ideal absolutamente irrealizable. En la segunda época del utopismo, en el Renacimiento, hay un desarrollo, porque las utopías de este periodo sí postulan la realizabilidad de sus ideales, nada más que no operan ninguna acción transformadora efectiva. Son mero utopismo.

Pero en una tercera generación de utopías establecida por Engels, Sánchez Vázquez encuentra que ahora sí se postulan ideales utópicos y se plantea la acción transformadora de la realidad para construir aquellos ideales, pero el problema es que se eligen medios inadecuados y ello torna dichos ideales, nuevamente, en utópicos, o sea irrealizables. Sería este uno de los factores por el cual Engels limitó como meramente utópico al socialismo que planteaban Saint

Simon, Fourier y Owen, pues al equivocarse los medios derivaban en un mero reformismo. El autor lo dice así:

“No siempre estos utopistas proponen modelos de orden social que trascienden por entero a la sociedad actual a modo de un estado ideal que algún día habrá de realizarse. A veces se trata de construir islotes del futuro en el presente, o anticipos reales de la nueva sociedad en la vieja de manera que, en un proceso evolutivo, el nuevo orden social dispute el terreno al antiguo hasta llegar a su plena afirmación”³³.

Y el utopismo, para Sánchez Vázquez como para Engels, habría consistido, en su acepción peyorativa, en que se ha mostrado incapaz de transformar realmente las condiciones existentes en la sociedad debido a que recurre a medios inadecuados, o a un escaso conocimiento científico de las condiciones históricas sociales concretas que habrían de transformarse. Digamos que falta el elemento de un conocimiento objetivo y científico de la realidad social, y la determinación por la acción revolucionaria, incluso violenta, para que el utopismo dejara de serlo.

Pero el hecho hoy es que, aun admitiendo esas debilidades del utopismo, el socialismo marxista también contiene elementos utópicos como el ideal de la emancipación absoluta de toda forma de enajenación o el pleno desarrollo de todas las potencialidades del hombre, valga decir, de todos los hombres, y en la búsqueda de éste gran ideal, –por cierto el cual no se puede validar por ningún método científico– tampoco la acción guiada por la ciencia tuvo el éxito que se proclama.

Para los fines de este trabajo, me basta con señalar que en la revisión de la relación entre el socialismo utópico y el socialismo científico que hace Sánchez Vázquez, reconoce la presencia de contenido utópico en el mismo Marx, en el Marx joven de los *Manuscritos* y en el Marx maduro de los *Grundrisse*. Y así nos dice “Hablar ahora de una superación total y definitiva de la enajenación es

³³ Sánchez, Vázquez, Adolfo. *Del socialismo científico al socialismo utópico*. Ediciones Era, 1975, p.13

situarse en la relación imaginaria con el futuro, típica de la utopía”³⁴, y más adelante agregará

“Ciertamente el problema del contenido utópico de un fin definitivo de la enajenación, se presenta con respecto a la fase superior de la nueva sociedad, no con respecto a la fase inferior, históricamente conocida, en la que subsisten las relaciones mercantiles, el Estado con su burocracia [...]”³⁵

Pero eso no justifica tampoco, y lo dice con acierto Sánchez Vázquez, hacer de Marx un desfiguro de utopista, pues al decir del autor, él –Marx– entendió claramente la diferencia entre ambas sociedades y tuvo el cuidado metodológico de no referirse mucho al futuro –característica utópica–. Dice Sánchez Vázquez

“Marx prefiere callar sobre el futuro cuando falta el conocimiento de las condiciones reales que lo engendran. Pero, a veces, la voluntad de transformación es más fuerte que la cautela exigida por un antiutopismo teórico, y Marx bordea, e incluso toca, la tierra de la utopía”³⁶.

De lo anterior extraemos dos consideraciones. Una, que el utopismo estuvo menos alejado de las posturas que sostenía el socialismo científico y de lo que habrían deseado sus creadores. Dos, que nos parece se queda corta la vuelta de tuerca que enuncia el título del libro de Sánchez Vázquez “*Del socialismo científico al socialismo utópico*”, pues tal giro no se verifica, y lo que hace es aclarar las razones por las cuáles Engels y Marx tomaron una distancia teórica y práctica con el utopismo de los socialistas anteriores a ellos, explicada, insisto, porque no se habían desarrollado suficientemente todavía las fuerzas sociales que conducirían a una nueva sociedad, y porque los socialistas utópicos carecían del conocimiento científico correcto y equivocaron los medios para transformar a la sociedad. Y esto porque a lo más que llega Sánchez Vázquez es admitir que, en cierto modo, si el utopismo puede ser expulsado por una vertiente, también puede regresar por otras, pues inclusive la crítica de la utopía o su negación, llegan a fundarse en

³⁴ Sánchez Vázquez, *op. cit.* p. 54

³⁵ *Ibidem*

³⁶ *Ibid.* p. 57

argumentos utópicos, y algo así ocurrió con el socialismo científico y con Marx, a quien su auténtica y profunda vocación de transformación social debilitó sus defensas antiutópicas sustentadas en un científicismo bastante dogmático. Pero en efecto, nos da la impresión de que la tesis implícita en el título de la obra de Sánchez Vázquez parece prometer más de lo que, a final de cuentas, concluye, respecto de la relación entre el socialismo científico y el socialismo utópico.

Podríamos dejar en este nivel la cuestión de la utopía en la perspectiva del marxismo, pero que mejor que extraer algunas aseveraciones directas relativas a éste tema de la obra más específica como es *Del socialismo utópico al socialismo científico* de Engels³⁷.

Ya de entrada he de hacer notar que, con frecuencia, se utiliza el concepto de socialismo como una variante de la utopía, o ésta como si necesariamente toda utopía tuviese una conclusión en el socialismo. Seguramente hay una relación de términos y de concepciones, pero no se funden ni se confunden uno en otra, ni las relaciones teóricas o prácticas entre ambas expresiones tienen que ser coincidentes. Por ejemplo, hay utopías que apuntan a la desaparición del Estado y a la crítica de la propiedad privada, igual que el socialismo científico, pero no todas lo hacen ni conciben al Estado en su forma tradicional de gobierno. Por otro lado, el socialismo marxista propone una determinada organización de la vida social, pero la establece no como el producto exclusivo surgido de la cabeza de los hombres o de un voluntarismo individual, sino como inscrita en cierta necesidad histórica y en las contradicciones sociales que en la evolución histórico material misma se van desarrollando, dando lugar a nuevos estadios de organización de la vida colectiva. Esto no ocurre en las utopías en las que, tanto la capacidad de imaginación como la voluntad humana, juegan un papel preponderante.

³⁷ Engels, F. *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Editorial Progreso, Moscú, versión en español, 1978.

En lo que sigue, intentaré destacar dos cosas. Una, que la actitud antiutópica de Engels no es tan dogmática ni radical como tendemos a suponer. En el análisis que hace Engels de los socialistas utópicos pueden distinguirse juicios analíticos y juicios valorativos. En términos de análisis explica las razones históricas por las cuales los socialistas utópicos no pudieron formular los medios eficaces para transformar a la sociedad que criticaban, y de ahí sus limitaciones políticas ante la sociedad capitalista. Pero en términos de valoración, al contrario, Engels se muestra en su texto sumamente receptivo a las ideas y a la capacidad crítica de aquellos. Y como se verá, señalar limitaciones teóricas y circunstancias históricas difiere de un rechazo radical a los creadores del socialismo. Cuando menos en *Del socialismo utópico al socialismo científico* no se deduce un rechazo absoluto del utopismo de los primeros socialistas teóricos como Saint Simon, Fourier u Owen.

Dos, que la distancia establecida por Engels entre el socialismo y el utopismo no descarta la intencionalidad utópica, no desprecia el compromiso ético de aquellos ni su voluntad radicalizada de transformar el mundo social tal cual era, lleno de desigualdades, injusticias y hurtos, por un mundo social tal cual idealizado lo planteaban en sus obras y programas. Es decir, que Owen, Saint Simon y Fourier, los principales, eran tan socialistas como él, como Engels, pero socialistas utópicos, lo cual nos permite establecer una relación simultánea de cercanía y de distanciamiento entre ambos socialismos. La cercanía alude una continuidad intencional, y lo segundo precisa su importante distancia conceptual y teórica, y en ambas, a una diferencia política, es decir recursiva, dependiendo de cómo y con qué medios creían aquellos y Engels que se debía transformar la realidad denunciada.

Es decir, da la impresión de que al menos reconocería Engels cierto emparentamiento intencional de su teoría socialista con las utopías que lo precedieron, con las ideas de Saint Simon, Fourier y Owen. En lo que sigue atraeré algunas aseveraciones de Engels que permiten fundamentar lo anterior.

Desde las primeras líneas Engels empieza reconociendo una herencia socialista, a nivel del pensamiento, al afirmar que

“El socialismo moderno es, en primer término, por su contenido, fruto del reflejo en la inteligencia, por un lado de los antagonismos de clase que imperan en la moderna sociedad entre poseedores y desposeídos, capitalistas y obreros asalariados, y, por otro lado, de la anarquía que reina en la producción. Pero –atención– por su forma teórica, el socialismo empieza presentándose como una continuación, más desarrollada y más consecuente, de los principios proclamados por los grandes ilustradores franceses del siglo XVIII. –Y– Como toda nueva teoría, el socialismo hubo de empalmar, al nacer, con las ideas existentes”³⁸

Y esas ideas con las que empalmó el socialismo naciente, eran las de la ilustración que confundían la racionalidad burguesa con una racionalidad universal orientadora de la historia.

Para Engels una cosa eran los movimientos burgueses y otra los movimientos de las nuevas clases sociales emergentes, la de los desposeídos de todo, los obreros. Tanto así que cuando un movimiento burgués brotaba, al mismo tiempo, “estallaban movimientos independientes de aquella clase que era el precedente más o menos desarrollado del proletariado moderno”³⁹, y estos movimientos a su vez eran complementados con su manifestación teórica, y aquí Engels como expresión teórica, se refiere explícitamente a las utopías del XVI y XVII.

En este caso al conceder al menos el adjetivo de “teóricas” a las utopías de Moro y Campanella, ya les reconoce Engels el mérito incipiente de representar un posicionamiento teórico y político respecto de las condiciones sociales de vida de su momento, del momento en que empieza a generarse el modo de producción y de relaciones capitalistas.

³⁸ Engels, F. *op. cit.* p. 29

³⁹ *Ibid.* p. 31

En seguida, Engels se refiere a la siguiente generación de pensadores utópicos, Saint Simon, Fourier y Owen, en quienes “la tendencia burguesa sigue afirmándose todavía, hasta cierto punto, (el subrayado es mío) junto a la tendencia proletaria”⁴⁰, pues en su consideración ésta clase no está desarrollada del todo y no se refleja objetivamente en estos pensadores. Y estos socialistas utópicos, dado un estado de madurez incompleto de la sociedad capitalista, no pueden ni percibir ni asumir plenamente los intereses de dicha clase social emergente. Dice:

“Rasgo común a los tres es el no actuar como representantes de los intereses del proletariado, que entretanto había surgido como un producto de la propia historia. Al igual que los ilustradores franceses, no se proponen primeramente emancipar a una clase determinada, sino, de golpe, a toda la humanidad. Y lo mismo que ellos, pretenden instaurar el reino de la razón y de la justicia eterna”⁴¹

Pero no logran dar el salto que rebase las ideas de que una razón y una justicia ideales han de gobernar y dirigir el mundo, pues en ello permanece oculto el dato histórico de que la clase concreta a emancipar, en primer término, tendría que ser el proletariado y no “la humanidad” porque la clase obrera es la objetivación de las contradicciones generadas en el capitalismo.

Ahora bien ¿a qué se debe esta especie de desclasamiento de los socialistas utópicos? ¿Mala fe, torpeza? De ninguna manera. Se debe a que las contradicciones sociales que han de permitir que germine una teoría de la transformación social históricamente necesaria de orientación proletaria, aún no están presentes en toda su expresión, porque ellas se generan merced al desarrollo de la gran industria, y esta no estaba desarrollada ni del todo ni en todas partes.

Una ponderación que explica las limitaciones teóricas y consecuentemente prácticas de los socialistas utópicos, no equivale, desde nuestra perspectiva, a un

⁴⁰ *Ibidem*

⁴¹ *Ibidem*

desdén radical del utopismo sino su ubicación en una historia de las ideas concebida en relación a la concepción materialista de la historia misma.

Luego de describir brevemente las condiciones lamentables de pobreza, miseria y abandono de las clases trabajadoras como resultado del avance capitalista, que no tuvo nada que ver con las grandes expectativas generadas por la Ilustración, Engels nos dice "Sólo faltaban los hombres que pusieran de relieve el desengaño y que surgieron en los primeros años del siglo XIX"⁴², recordándonos que *Las Cartas Ginebrinas* de Saint Simon datan de 1802 y que las ideas de Fourier se publicaron de 1808, y que en 1800 es cuando Owen toma la dirección de la fábrica de New Lanark, y expone que aquella situación de miseria de la nueva clase proletaria no había generado todavía su conciencia de clase, y "Esta situación histórica informa también sobre las doctrinas de los fundadores del socialismo. Sus teorías incipientes no hacen más que reflejar el estado incipiente de la producción capitalista, la incipiente condición de clase"⁴³, lo que llevaría a la tendencia por creer que la solución para remediar los males contemplados tenía que salir de las cabezas de los hombres, desde fuera de la historia, e implantarse en ella.

"Tratábase de descubrir un sistema nuevo y más perfecto de orden social, para implantarlo en la sociedad desde fuera, por medio de la propaganda, y a ser posible, con el ejemplo, mediante experimentos que sirviesen de modelo. Estos nuevos sistemas sociales nacían condenados a moverse en el reino de la utopía; cuanto más detallados y minuciosos fueran, más tenían que degenerar en puras fantasías"⁴⁴.

Como se puede ver, la crítica o el concepto de utopía, utilizado como adjetivo, se refiere más a los medios –la propaganda, el ejemplo, los experimentos– que a los fines perseguidos en los nuevos sistemas sociales utópicos, pensados para

⁴² *Ibid.* p. 33

⁴³ *Ibid.* p. 34

⁴⁴ *Ibidem*

acabar con las injusticias, lo cual no equivale a arrojar las intencionalidades utópicas al cesto del olvido.

Respecto de que las utopías de éstos socialistas, al equivocarse los medios debido a una lectura errónea de la historia, concluyeran en fantasías, no resta al utopismo un valor esencial del pensamiento, ¿qué valor?. El valor ético de, por una parte, erigirse en una crítica al sistema establecido, y por otra, en formular opciones ante ese sistema, certeras o no, pero opciones al fin y al cabo, opciones que hoy no se están produciendo en la historia contemporánea pese a una gran conciencia de los dilemas que el mundo entero atraviesa.

Para insistir en la postura de Engels respecto del utopismo de los socialistas utópicos, vaya lo que sigue. Dice “Nosotros, en cambio, nos admiramos de los geniales gérmenes de ideas y de las ideas geniales que brotan por todas partes bajo esa envoltura de fantasía y que los filisteos son incapaces de ver”⁴⁵; y esas genialidades son justa, precisa y absolutamente, las ideas de los socialistas utópicos, expresadas en unos casos en sus obras escritas, y en otros casos en sus obras escritas complementadas con acciones reales tratando de ponerlas en práctica, ya certera ya equivocadamente, ya con eficacia ya con fracaso, pero con práctica e intencionalidad transformadora de un status que despreciaban, por uno que imaginaban y deseaban.

Pero hay otros reconocimientos específicos de Engels a los socialistas utópicos. Por ejemplo dice de Saint Simon

“[...] insiste muy especialmente en esto: lo que a él le preocupa siempre y en primer término es la suerte de <la clase más numerosa y más pobre> de la sociedad [...] –y agrega– Pero al concebir Saint Simon la revolución francesa como una lucha de clases, y no sólo entre la nobleza y la burguesía, sino entre la nobleza, la burguesía y los *desposeídos*, era, para el año 1802, un descubrimiento verdaderamente genial. En 1816, Saint Simon declara que la política

⁴⁵ *Ibid.* p. 34

es la ciencia de la producción y predice ya la total absorción de la política por la Economía. Y aquí no hace más que aparecer en germen la idea de que la situación económica es la base de las instituciones políticas [...]"⁴⁶

Y de ahí a las proclamas posteriores de la desaparición del Estado (de la propiedad privada) ya no hay mucha distancia, lo cual no es un legado menor del socialismo utópico a la teoría marxista posterior.

En siguientes líneas, Engels va reconociendo los méritos de los tres grandes socialistas utópicos, por cierto méritos teóricos, lo cual es decir mucho. Observa:

“Lo que en Saint Simon es una amplitud genial de conceptos que le permite contener ya, en germen, casi todas las ideas no estrictamente económicas de los socialistas posteriores, en Fourier es la crítica ingeniosa auténticamente francesa, pero no por ello menos profunda, de las condiciones sociales existentes [...] Pone al desnudo despiadadamente la miseria material y moral del mundo burgués [...] Pero todavía es más magistral en él la crítica de la forma burguesa de las relaciones entre los sexos y de la posición de la mujer en la sociedad burguesa. Él es el primero que proclama que el grado de emancipación de la mujer en una sociedad es la medida de la emancipación general”⁴⁷.

En esta aseveración uno percibe que Engels no sólo hace un retrato histórico del utopismo, sino que hay una admiración sincera, más que un rechazo al utopismo de los fundadores del socialismo.

Para concluir estos comentarios en torno a la postura marxista sobre el utopismo, deseo afirmar que la frontera entre el socialismo utópico y el científico era una frontera histórica pero no una radical oposición entre el primero y el segundo como erróneamente podría uno interpretarlo. Así, no debe extrañarnos el que Sánchez Vázquez reclame cierto utopismo en el Marxismo, y que Marcuse asumiéndose marxista, asuma como legítimo todo esfuerzo teórico y político que lleve a la plena

⁴⁶ *Ibid.* p. 35 y 36

⁴⁷ *Ibid.* p. 36

realización del hombre en un mundo distinto y mejor, en un mundo utópico por sus ideales realizables, pero no utópico por la imposibilidad de dichos ideales.

Y en la misma perspectiva teórica del tema, Marcuse nos remite al fin de la utopía, pero un fin de la utopía concebido como la imposibilidad de la imposibilidad, como fin de la imposible transformación social; imposibilidad que, para Marcuse, ha concluido en virtud de que “actualmente toda forma del mundo vital, toda transformación del entorno técnico y natural constituye una posibilidad real, siendo su *topos* un lugar histórico”⁴⁸. Dice, “El de utopía es un concepto histórico. Se refiere a proyectos de transformación social que se tienen por imposibles. Imposibles, ¿por qué razón?”⁴⁹.

Porque para este autor la utopía es un concepto histórico referido a proyectos de transformación social que se tienen por imposibles, siendo las razones de esa imposibilidad de dos tipos. En el primer tipo considera los factores subjetivos y objetivos que en una situación social dada se oponen a esa transformación, y por lo tanto, puede ser provisionalmente irrealizable dicho proyecto de transformación. El segundo grupo de razones que hacen imposible la utopía es porque contradice determinadas leyes científicamente establecidas: leyes biológicas o físicas, por ejemplo, como la idea de una juventud eterna o el retorno a una edad de oro y, dice Marcuse, “creo que sólo podemos hablar de utopía en este último sentido”⁵⁰.

Pero con respecto a las primeras razones de la imposibilidad utópica, para Marcuse existe un criterio válido que permite declarar el fin de dicha imposibilidad, esto es, el fin de la utopía, lo cual ocurre “cuando técnicamente están presentes las fuerzas materiales e intelectuales necesarias para llevar a cabo la transformación, pese a que su empleo racional resulte impedido por la organización existente de las fuerzas productivas. Y en este sentido creo que

⁴⁸ Marcuse, H. *El fin de la utopía*. Siglo XXI editores, México, 1968, p. 1.

⁴⁹ *Ibid.* p. 2

⁵⁰ *Ibid.* p. 3

podemos hablar efectivamente, hoy, del fin de la utopía”⁵¹, y ello porque “En efecto, todas las fuerzas materiales e intelectuales necesarias para la realización de una sociedad libre están presentes”⁵², de donde colige que podemos hacer del mundo un infierno estando en el mejor camino para conseguirlo, aunque también podríamos hacer todo lo contrario pues, a decir suyo, técnicamente es posible eliminar la pobreza y la miseria, y es posible eliminar el trabajo enajenado así como la represión bajo casi todas sus formas.

Pero uno se pregunta. ¿Si todo esto es posible, entonces por qué no se han eliminado ni, al parecer, se ve cómo se puedan eliminar la pobreza, el trabajo enajenado y la represión concomitante? En el pensamiento del autor, esto no ocurre porque no existe, “o ha dejado de existir en una gran parte al menos de la población homogenizada de los países desarrollados del capitalismo, la necesidad de libertad como libertad vital”⁵³, pero no sólo por eso, sino que ello “se debe exclusivamente a la movilización total de la sociedad existente contra su propia posibilidad de liberación”⁵⁴, esto es, debido a la manipulación ideológica de los hombres que así dejan de aspirar a la liberación de pautas de trabajo y de relaciones que son técnicamente superables porque los medios técnicos de la sociedad avanzada lo permiten.

Y es que el marco general de la postura de Marcuse es el de atraer la discusión hacia el socialismo para lograr una nueva definición de éste que admita la emergencia de nuevas necesidades humanas –producto de la evolución de las fuerzas productivas de la sociedades capitalistas– donde la vieja dicotomía entre el reino de la necesidad y el reino de la libertad se analicen bajo una nueva perspectiva abierta por ese desarrollo, y caracterizado por la automatización del trabajo con todas las ventajas en la producción y la organización. Dice Marcuse:

⁵¹ *Ibid.* p. 4

⁵² *Ibidem*

⁵³ *Ibid.* p. 6

⁵⁴ *Ibid.* p. 4

“Creo que una de las nuevas posibilidades, representativa de la diferencia cualitativa entre la sociedad libre y la no-libre, consiste precisamente en encontrar el reino de la libertad en el reino de la necesidad, esto es, en el trabajo y no fuera de éste. Si desean ustedes –agregaré– una formulación provocativa de esta idea especulativa, diría que hemos de considerar, por lo menos, la idea de un camino al socialismo que vaya de la ciencia a la utopía y no, como creyó Engels, de la utopía a la ciencia”⁵⁵

Lo cual lleva a plantearnos la necesidad de elaborar una nueva antropología, valga decir, de una nueva concepción del hombre y de su vida en la sociedad, en la que las nuevas necesidades producto del desarrollo del mismo capitalismo consistan no sólo en negar la continuidad del viejo sistema, sino en imaginar nuevas dimensiones de lo humano, entre las cuales la necesidad de una libertad vital resulta de las más importantes, pero también la necesidad del placer y de la felicidad, de la intimidad, de la paz, en fin, de lo que Marcuse sintetiza en la fórmula de las cualidades estético-eróticas, entendidas como el desarrollo pleno de la sensibilidad y el modo de existencia humana.

Marcuse reclama, y estamos de acuerdo en ello, que

“porque las llamadas posibilidades utópicas no son utópicas en absoluto, sino negación histórico-social determinada de lo existente, la toma de conciencia de esas posibilidades y la toma de conciencia de las fuerzas que las impiden y las niegan exigen de nosotros una oposición muy realista y muy pragmática. Una oposición libre de toda ilusión, pero libre también de todo derrotismo, el cual, por su mera existencia, traiciona las posibilidades de la libertad en beneficio de lo existente”⁵⁶

Siendo este reclamo el que de entrada hemos asumido en este trabajo respecto de la utopía, porque abre horizontes que pueden hoy parecerse imposibles, pero la imposibilidad es históricamente determinada y, como la historia, sólo relativamente imposible.

⁵⁵ *Ibid.* p. 2

⁵⁶ *Ibid.* p. 11

Dos modelos divergentes de la utopía

Pero si a la utopía le corresponde un lugar en la historia de las ideas, y una función social crítica, cuando no la producción de alternativas de reorganización social imaginadas para el futuro, resulta que en la segunda mitad del siglo XX la utopía ha tenido más fama por la pasión con la que se le critica. Los planteamientos más acervos sobre la utopía la asocian a los totalitarismos de toda especie, incluso contradictorios, como el nazismo o la implantación del socialismo real. En seguida describiremos dos posturas contemporáneas de la utopía, una muy crítica y otra muy positiva visión sintética de la utopía y de su función en la historia futura. La primera se plantea en *Las voces de la imaginación colectiva* de Francois Laplantine, quien expone los elementos que en su opinión configuran la actitud utópica, y la segunda en *Fraternidades. Una Nueva Utopía* de Jacques Attali, que sostiene las virtudes solidarias de la utopía.

Laplantine explica que en una sociedad que se siente amenazada los individuos reaccionan de tres maneras. Que estas formas de reacción pueden analizarse a través de una categoría fundamental, que es la de la imaginación colectiva, y que son: el mesianismo, la posesión y la utopía.

Afirma el autor que:

“En todos los tiempos los hombres han proyectado ésta (la imaginación colectiva) sobre el porvenir a través de una doble gestión: la de la antropología y la de la psiquiatría. Tres tipos de comportamiento que apuntan por igual a la salvación y la regeneración del mundo mediante el fin de éste y el advenimiento de un Reino”.⁵⁷

Así, en el mesianismo, la espera mesiánica o el milenarismo, “multitudes explotadas y sedientas de absoluto y justicia social se congregan en torno de los

⁵⁷ Laplantine, F. *Las voces de la imaginación colectiva. Mesianismo, posesión y utopía*. Ed. Granica, Barcelona, 1977, p. 13.

grandes profetas o de los pequeños iluminados, para transformar su desesperación en esperanza”⁵⁸. En cambio, la posesión “es la reacción a una situación de frustración intensa que ya no se conforma con aguardar el advenimiento de la Edad de Oro, sino que lo realiza de manera inmediata al escapar, por así decir, de la historia en conductas paroxísticas de exaltación colectiva y exorbitancia”⁵⁹. Y, finalmente, la utopía “que es la pasión de la perfección alcanzada de una vez por todas y que para construirse frente a una sociedad a la que aborrece toma de ésta todos sus materiales, pero invirtiéndolos”⁶⁰.

Para Laplantine, estas tres formas producidas por la imaginación colectiva tienen génesis comunes que las hace coincidir en algunos aspectos y separarse en otros.

La matriz sociocultural común del mesianismo, la posesión y la utopía se caracteriza por “un rechazo global, por un determinado grupo de hombres, de la sociedad, a la que se considera como absolutamente execrable, perversa y viciada en su principio y sus instituciones⁶¹”, ante lo cual “la colectividad que se siente hondamente frustrada y desdichada no se contenta tan sólo con soñar con un estado de posible felicidad social, sino que se pone en movimiento y se organiza para llegar a él”⁶², de manera que en el origen, “el mesianismo, la posesión y la utopía son reacciones antropológicamente normales de una sociedad que se halla, o bien amenazada desde adentro por sus propias transformaciones socioeconómicas, o bien agredida por una cultura extraña”⁶³.

Mesianismo, posesión y utopía, son tres tipos de respuesta que tratan de convertir la desesperación que las incuba en esperanza; el mesianismo responde por medio de un mensaje escatológico purificado, capaz de reunificar al grupo y crear una

⁵⁸ *Ibidem*

⁵⁹ *Ibidem*

⁶⁰ *Ibid.* p. 14

⁶¹ *Ibid.* p. 19

⁶² *Ibidem*

⁶³ *Ibid.* p. 20

solidaridad perfecta; la posesión responde replicando con conductas individuales o colectivas de rebelión salvaje y extática, y la que nos interesa en este trabajo, la utopía, responde “saliendo de la historia, por así decir, gracias a la proyección fantástica de un `en otra parte´, donde la felicidad de los hombres se organizará minuciosa y perfectamente”⁶⁴.

Otro componente de la matriz sociocultural común que nos adelanta Laplantine en estas reacciones de la imaginación colectiva es que implican un comportamiento de ruptura en el que “a la ingobernable sociedad global se opone la micro sociedad; a la miseria absoluta, la abundancia; y a la irritante desigualdad, el comunismo”⁶⁵.

Por su carácter y comportamiento, por las acciones que pueden desencadenar, estas reacciones de la imaginación colectiva tienen una función indudable de protesta social, pues “A fuerza de enjuiciar incesantemente lo real por lo posible, llegan éstas a resquebrajar la sociedad, a hacerla dudar de sí misma y a introducir en ella fermentos de subversión”⁶⁶. Aquí es inevitable afirmar que esta característica de la rebelión utópica está desaparecida de nuestro entorno cultural de fines del siglo XX, más para mal que para bien del futuro del hombre, porque tal virtud crítica es simplemente inexistente o imperceptible o incapaz hoy de poner en duda el status dominante.

Estas manifestaciones del imaginario colectivo, además, llegan a depender profundamente de las auto imágenes y creencias que producen, al grado de que “sorprende su intolerancia absoluta, su fanatismo. Con rarísimas excepciones se encierran en el círculo dogmático de la auto interpretación y revelan ser incapaces de abrirse a la verdad ajena.”⁶⁷

⁶⁴ *Ibid.* p. 21

⁶⁵ *Ibid.* p. 23

⁶⁶ *Ibid.* p. 24

⁶⁷ *Ibid.* p. 25

Las tres respuestas de la imaginación colectiva, además, comparten un odio temible por la historia y añoran un mítico regreso a los orígenes, a una supuesta edad de oro, por eso recurren a “un proceso capaz de hacernos llegar al fin del mundo y a la extinción del tiempo”⁶⁸. En este planteamiento puede y debe hacerse una objeción al autor, consistente en el hecho de que hay utopías importantes que no sólo no niegan el tiempo ni la historia, sino que, a su modo, se apoyan en ellas, como sería el caso del marxismo o de la utopía skinneriana.

En el primer caso, se puede afirmar justamente que un estadio de la sociedad nuevo, sólo puede darse cuando las condiciones históricas de un momento dado evolucionan en un sentido material y social concreto, tal que una nueva sociedad ya no sólo puede admitirse como deseable, sino históricamente necesaria. Esta idea puede discutirse, pero lo que importa enfatizar es que un planteamiento así no sólo no niega la historia, sino que se afirma en ella. Y con respecto al caso de la utopía skinneriana planteada en su *Walden Dos*, todo su relato transcurre en forma paralela y contemporánea a la sociedad capitalista norteamericana, que es el horizonte social e histórico del autor, sin alejarse ni negar –en el relato– que el factor evolutivo de toda trama de la vida social ocurre en la dimensión espacial y temporal compartida en el presente.

Finalmente, el mesianismo, la posesión y la utopía, como expresiones de una matriz sociocultural común, “se dirige a la *totalidad del hombre* mucho más que a su mera inteligencia o a su aptitud crítica”⁶⁹, y remiten, ambos, a los modelos culturales, a las condiciones históricas y económicas en que surgen.

El mesianismo, la utopía y la posesión “Tienen que combatir una realidad social que es, una y otra vez, diferente, y debido a ello se ven notablemente limitados en el tiempo y el espacio por los modelos de su época y cultura. No hay proceso de

⁶⁸ *Ibid.* p. 28

⁶⁹ *Ibid.* p. 31

subversión al que se pueda leer fuera del contexto contra el cual pelea”⁷⁰ pero entonces Laplantine, en este punto cuando menos, me parece que niega lo que en otra partes afirma, cuando nos remite a la idea del rechazo de la historia por parte de la utopía.

Dada una matriz sociocultural compartida por las reacciones mesiánicas, de la posesión y la utopía, éstas contienen semejanzas y diferencias entre sí. Para el cometido nuestro bastará con señalar las características que Laplantine concibe como distintivas de la utopía: a) que en la utopía no hay ni sacrificados ni visionarios, pues “su esperanza no es la de humanidad redimida [...], sino la de una micro sociedad totalmente planificada y organizada maravillosamente hasta en el más ínfimo de sus detalles. Semejante ideal nos permite comprender que el utopista no se halle cerca de sacrificarse por la humanidad”⁷¹; b) la esperanza utópica es netamente esperanza humanista, es una especie de religión política incapaz de distinguir al individuo del ciudadano, por eso la esperanza mítica es esperanza de toma del poder y suele organizarse como religión del Poder, del Estado, de la Policía y de la Administración. El utopista representa “al hombre que se ha apropiado de una vez por todas y sin la menor vacilación del Saber, de la Totalidad y de la Certidumbre”, sin resquicios para la duda, la libertad, la distancia o la diferencia; c) la Utopía, a diferencia del mesianismo que mantiene un ideal universal, crea sus micro sociedades donde se refugian los individuos que huyen de la sociedad que rechazan; d) en la utopía, el deseo y el tiempo son sometidos; la utopía amordaza al tiempo y a la historia pues se monta en instituciones conocidas pero perfeccionadas que trazan, para siempre, la gestión de una sociedad perfecta.

En el análisis de las tres reacciones que la imaginación colectiva ha producido, Laplantine enuncia los contenidos que predominan en la utopía y afirma que:

⁷⁰ *Ibid.* p. 33

⁷¹ *Ibid.* p. 37

La utopía es monótona y fastidiosa, porque mientras la posesión

“describe el itinerario de la imaginación humana en lo más efervescente, irracional y contradictorio que ésta tiene [...] entrar en la utopía es elegir deliberadamente el universo más monótono y fastidioso que haya [...] es la claridad lógica del orden –o mejor dicho de la organización establecida– en la evidencia hermética y beata de los números, la ecuación y la previsión. Si la utopía encanta, ello sólo se puede deber a su carácter fastuoso, minucioso y preciso, pero no por cierto a su facultad visionaria que es prácticamente nula”⁷².

Que el pensamiento utópico, en fin, es un *racionalismo social* con constantes que es necesario delimitar, pues se hallan en todos los momentos de su historia a saber:

1.- *Es deseo de perfección* “alcanzada de una vez por todas y a partir de la cual ya no es posible retroceder ni, claro está, ir adelante”. La planificación lo previene todo, la utopía es como una roca que “desde la cumbre organiza, programa, legisla y transforma los desórdenes en regularidades”⁷³. En el utopismo, la búsqueda de perfeccionamiento que se logra con decretos, constituciones, códigos y tribunales, “se ve animada por la radical voluntad de romper los puentes con todo lo anterior [...] Esa repulsión por el pasado implica que la pureza social se halla al alcance de la mano y de que, por consiguiente, puede uno *borrarse la marca de la suciedad de las sociedades antiguas*”⁷⁴.

2.- *Es exigencia de un orden matemático*. En vista de la anterior exigencia utópica, la perfección social encuentra una guía lógica en la ciencia y en las matemáticas que le dan su método y su modelo exactos. El ideal utópico es racionalista, voluntarista, científicista y plantea “un Estado totalmente planificado en el que los hombres no tengan ya capricho ninguno”⁷⁵.

⁷² *Ibid.* p. 147

⁷³ *Ibid.* p. 149

⁷⁴ *Ibidem*

⁷⁵ *Ibid.* p. 150

3.- *Odio a la diferencia.* En la utopía, consecuentemente hay un desprecio por la diferencia pues se busca la nivelación y homologación de los individuos. Aquí también es inevitable la interrogante acerca de si, entonces, estamos ya instalados en el corazón de una utopía realizada, ante la percepción de un grado tan intenso de homogeneidad alcanzado actualmente en muchas esferas de la vida cotidiana de millones de hombres en todo el planeta.

4.- Hay un *conformismo negativo*. En tanto que imagen negativa de la sociedad que rechaza, la utopía es poco o nada subversiva y se conforma con imitarla al revés, por eso crea los antis de que nos da cuenta profusa, por ejemplo, Fourier, con sus antileones.

5.- *Precisión, minucia y simplicidad.* En la sociedad utópica ideal se debe planificar todo con la mayor precisión hasta en sus menores detalles y simplificar la vida. No hay espacio para las contradicciones ni la complejidad, la inquietud metafísica o poética no cabe; el planificador utópico desangra el mundo,

“corta los caminos de encuentro entre el cielo y la tierra, exorciza lo trágico al moralizar la religión y vacía a la existencia de toda posible angustia al prohibir *la pasión simbólica* y prescribir la sumisión a un orden que tiene toda la claridad, la tranquilizadora evidencia, la positividad, el brillo, pero también *la tristeza de los signos*”.⁷⁶

6.- *Religión del trabajo y el activismo.* El carácter sacralizador de la utopía consiste en una verdadera absolutización de la política sostenida por la dimensión única de la existencia, donde la energía humana, a la que se le ha prohibido proyectarse a la poesía, el mito o los misterios de la vida expresados en el arte (previamente desterrados), “refluye” sobre el trabajo. Por eso, la utopía es una religión del activismo racionalista y utilitario y del trabajo. “Es la perfección cerrada del hormiguero y el cuartel y el repelente fanatismo del orden y la estructura”.⁷⁷

⁷⁶ *Ibid.* p. 152

⁷⁷ *Ibid.* p. 153

7.- *Frenesí por la organización.* La utopía es la construcción de una sociedad ideal llevada a cabo por intelectuales, filósofos y matemáticos salidos principalmente de las clases acomodadas a las que les gusta la seguridad, el orden y la tranquilidad. Acaso por ello en las ciudades utópicas el urbanismo define su imagen pictórica. La utopía, pone sumo esmero en encerrarse en una ciudad hermética propia de espíritus tristes y fanáticos de la arquitectura, donde se dan estos hechos: a).- el grupo social es arrancado de su medio natural para rehacerlo de pies a cabeza, para homogenizarlo; b).- El hermetismo tiene necesidad de protegerse del medio exterior; c).- Se da una separación geográfica entre el espacio del trabajo y el espacio de habitación; d).- hay un frenesí ambulatorio que cambia a los individuos de casa, de trabajo, de dormitorio, a efecto de no crear sentimientos de propiedad ni de afectividad con su medio. Se promueve el anonimato de la colmena. No casualmente el primer utopista que admite prácticamente todas las historias del tema es el arquitecto de ciudades Hipodamo de Mileto. e).- Las ciudades utópicas son concebidas y construidas –así sea en la imaginación– radicalmente distintas a las ciudades tradicionales. En estas el mundo simbólico ocupa un lugar, traza puentes con lo sagrado y la metafísica, mientras que en las primeras se busca la homogeneidad y la continuidad, funcionalidad y serialidad. Por eso se puede cambiar de vivienda sin sentir ninguna diferencia ni nostalgia.

8.- Hay una *confianza fanática en la escolarización y la pedagogía.* Así como en el plano urbanístico las ciudades moldean el comportamiento de quienes las habitan, también a través de la escuela “se erige el estado en amo absoluto de las conciencias. Su culturalismo autoritario no deja de moldear y remoldear la índole del niño y dictarle en todo momento lo que debe hacer”⁷⁸. La vida del niño está organizada desde antes de nacer y el propósito de los dirigentes – “príncipes filósofos de ayer o tecnócratas de hoy– “consiste en transformar la sociedad entera en una nursery; luego en una escuela doctrinaria y, por último,

⁷⁸ *Ibid.* p. 160

en un cuartel. Los niños son arrancados del lado de sus padres lo antes posible y confiados a la colectividad, que se encarga de reducirlos al estatuto de obedientes ciudadanos”⁷⁹. Y en la pesadilla utópica de una sociedad totalmente escolarizada y gobernada por profesores y pedagogos existen dos elementos que merecen atención: a).- Se hace todo cuanto es necesario para

“sustituir los vínculos precoces del parentesco [...] por una fijación exclusiva a una entidad impersonal: la colectividad [...] El niño ya no siente deseo (ni odio) por su padres o su madre. A decir verdad, ya no desea nada, ya nada aborrece, pues se encuentra completamente sometido a los imperativos artificiales del Estado, erigido en nodriza”⁸⁰;

b) todas las utopías despliegan un combate contra lo que no es utilitario, que en educación se reduce a las matemáticas y la tecnología. La poesía, el arte y la historia son desterradas. La vida se concentra en vida laboral, vida profesional, vida cívica y no más.

En una digresión necesaria, podría parecernos que las ideas anteriores no parecen sino un retrato hablado de algunos de los signos de nuestro tiempo, pues para el caso, por ejemplo, el dibujo de una vida escolar que empieza a los tres años y, si se trata de un individuo afortunado por el talento y la oportunidad esa vida escolar tal vez se prolongará hasta cerca de los treinta años, cuando obtenga la licencia correspondiente que le otorgue la capacidad para insertarse a la vida del trabajo y de la ciudadanía global. La mitad de la vida en las aulas, y no reaccionamos ante un evidente exceso escolarizante.

9.- *Odio por la pareja y la familia.* Este imperativo utópico está determinado por el totalitarismo que lo distingue y que se remonta a Platón. Se trata de eliminar vínculos emotivos que sean ajenos a las razones de Estado, pues lo que importa en la utopía es reducir al hombre a la dimensión única y exclusiva del ciudadano. Que, en el caso actual, más bien implica la diversificación de la

⁷⁹ *Ibidem*

⁸⁰ *Ibid.* p. 161

unión en términos de identidad sexual y la posibilidad abierta de la familia en no pareja sexualmente hablando.

10.- *El régimen político es dirigista, centralizado y planificador.* El tipo de régimen que concibe la utopía posee también determinadas características derivadas de la lógica del perfeccionamiento institucional del Estado, a saber: a).- Propone el comunismo económico donde se excluye la propiedad privada y se promueve la redistribución igualitaria de la riqueza; b).- El comercio se reserva para las autoridades y no se permite intervenir a los simples ciudadanos; c).- Los ciudadanos no tienen derecho a la información, pues debe prevalecer sólo una línea de pensamiento homogenizado; d).- Se teme a los extranjeros que pueden pervertir con ideas ajenas a la sociedad ideal; e).- El trabajo es absolutamente obligatorio para todo mundo, no cabe el ocio para nadie; f).- La higiene y la alimentación son objeto de minuciosos cuidados, pues garantizan la salud y la disponibilidad laboral; g).- Hasta el descanso es rigurosamente regulado y controlado en miras a la salud y a la igualdad; h).- El vestido no queda fuera, dando abierta preferencia a la uniformidad en las vestimentas, sea por el color, por los materiales o por las actividades; i).- Los valores morales se orientan todos en el culto al trabajo, a la honestidad y al servicio público; j).- Finalmente, se pone cuidado en las actividades del recreo, prefiriendo en todos los casos juegos de carácter racional donde prácticamente desaparece el sentido de auténticas fiestas laicas, pues la utopía “es un universo carente de profundidad, desplegado en la claridad, la homogeneidad y la tajante positividad de las esencias eternas”⁸¹. Insisto, esto no parece la descripción de ningún ideal utópico, sino la del retrato de una realidad contemporánea que se legitima, precisamente, haciendo la sátira de la utopía y negando su necesidad antropológica más allá de las literaturas y de los relatos.

11.- *Fobia al cambio.* Dado que la utopía describe un mundo ideal y una sociedad perfecta, se manifiesta un odio al cambio y un rechazo a la historia, porque

⁸¹ *Ibid.* p. 166

estos implicarían necesariamente conflictos, luchas entre clases, inseguridad. Por eso en la utopía se trata de “establecer de una vez por todas leyes consideradas perfectas a fin de que jamás ocurra nada –y lograr– una eterna seguridad”⁸². De aquí pareciera entonces (a mí me lo parece), que cuando todo está en cambio quizás nada cambia, y esta es, si no nos equivocamos, la vivencia cotidiana.

Cuando menos sí es la idea del cambio la que da legitimidad a la cultura social de nuestros días, y por cierto no hay tal fobia al cambio sino al contrario, hay un encumbramiento del cambio por el cambio mismo sin que se cuestione siquiera hacia dónde y por qué.

Finalmente, Laplantine está convencido que el siglo XX está moldeado en muchos aspectos por el modelo utópico ante el cual propone reaccionar. Y señala “[...] la utopía, que es el triunfo de la abstracción, ha florecido en el corazón mismo de nuestro siglo XX como nunca antes”, –donde– “no podemos permanecer indiferentes al poder formidable del fascismo, del neoestalinismo y de la democracia masificadora”⁸³; –pues– “Lo que sólo eran fantasmagorías de algunos doctrinarios se ha vuelto realidad”⁸⁴

Y lanza el autor unas interrogantes más bastante serias y preocupantes:

“¿Cómo no descubrir en nuestra asombrosa pasividad, en la atracción que ejerce sobre nosotros una beata seguridad y una monotonía rigurosa, en nuestro odio o, peor aún, en nuestra indiferencia por la pasión, la festividad y lo trágico, en nuestra denigración de lo sagrado, en fin, una mentalidad íntegramente moldeada por las normas grotescas de la utopía?”⁸⁵.

⁸² *Ibid.* p. 167

⁸³ *Ibid.* p. 168

⁸⁴ *Ibidem*

⁸⁵ *Ibidem*

Como puede observarse, el marco crítico de la utopía planteado por este autor es duro en sus términos, y nos deja pasmados ante un panorama tan desolador en el que no cabría siquiera recordar que el género de la ilusión por un futuro más deseable haya sido posible alguna vez. Pero, como lo sabemos, toda figura tiene más de una arista, y la utopía ha sido y es la figura de un futuro deseable, entre otras muchas cosas más, aun si el precio a pagar hubiera de ser el descubrimiento de que tal deseo era equivocado.

En *Las voces de la imaginación colectiva*, nos parece que al analizar las ideas expuestas acerca de la utopía, es necesario considerar también el contexto del hombre que las emite, quien habita un momento y un lugar específicos de la historia presente, y que tal vez desde esa vivencia que es la historia Europea con sus dos guerras del siglo XX y con los sistemas políticos que ha experimentado, desde ese contexto histórico quizás pueda entenderse el hastío que le produce a Laplantine la supuesta tranquilidad matemática que brinda la utopía. Pero suponiendo, sin conceder, que esta visión se ha instalado ya en el contexto inmediato del autor (Europa y específicamente Francia), me parece que no es esa la percepción que hay ni en toda Europa ni en otras regiones, justamente en esas regiones donde existen más de tres cuartas partes del mundo, sumidas aún en las angustias y las necesidades pospuestas de mucho tiempo atrás, y donde para ellas la visión de un futuro iluminado con los colores más optimistas del utopismo es, más que deseable, imprescindible, porque su realidad es, simplemente, una pesadilla intolerable que debe ser cuestionada y modificada. Y en esa necesidad moral y social de transformación, se necesita el ímpetu vital que la utopía suele activar en las voluntades de los hombres que pugnan por el cambio. Sólo a título de ilustración recordemos que hay en el mundo más de mil millones de individuos que no tienen acceso a la educación elemental, para contrastar la idea de que vivimos en un mundo ordenado matemáticamente, totalmente escolarizado, y con la quieta paz que sólo la muerte y una conciencia tranquila pueden producir, pero que por cierto no es el tipo de vida tal que hoy se vive en el mundo.

Sin embargo, sería dogmático también de nuestra parte sustraerse ante la devastadora postura crítica antecedente, porque ciertamente los argumentos aducidos, y las características críticas de la utopía descritas, se encuentran en la mayor parte de las utopías, de tal manera que no podemos entregarnos ciegamente a los encantos que pueda aducir un proyecto utópico, sin analizar los peligros que pueda contener velada o explícitamente. Mucha experiencia política e histórica, y las críticas de la utopía, como la revisada, nos previenen ante las proyecciones de un futuro deseable y mejor articulado que pudieran generarse en el futuro inmediato.

Pero resulta alentador que desde la misma perspectiva histórica inmediata de Laplantine, y teniendo a la vista el mismo presente global en el cual persisten la pobreza, la soledad, el individualismo, los nuevos tribalismos (sustitución en progreso de las viejas nacionalidades que con gusto trata desaparecer la globalización), el instrumentalismo antropológico, la inequidad, el desempleo, y desde un mismo contexto geográfico y cultural, nos hallemos con una interpretación y una valoración de la utopía que, con argumentos no psiquiatrizados, llega a conclusiones más positivas de la utopía. El contexto es el mismo, pero hay bastante diferencia analítica y completamente contraria en términos valorativos. Se trata de la postura de Jacques Attali expuesta en su *Fraternidades. Una nueva utopía*.

Explica Attali “Después de probar varias tipologías, estimo que la más pertinente es la que agrupa a las utopías en cuatro grandes categorías y en torno a cuatro objetivos esenciales: eternidad, libertades, igualdades y fraternidades”.⁸⁶ Ante el agotamiento, el desprestigio o la perversión de las conquistas utópicas libradas en el terreno de las libertades, de la igualdad o de la eternidad, Attali no duda en afirmar que el futuro deseable y por el que vale la pena enfocar la racionalidad

⁸⁶ Attali, J. *fraternidades. Una nueva utopía*. Editorial Paidós, Barcelona, 2000, p. 61.

utópica es el de las nuevas fraternidades que aparecen en el horizonte y que ya impelen a su materialización.

No avizora otro futuro deseable que el de la fraternidad humana, y éste ha de iniciar desde la utopía, precisamente con la crítica de los datos de nuestra historia presente, con la crítica de las ideologías del mercado, del pensamiento único, de la globalización homogenizadora y de las consecuencias planetarias de una explotación ciega de los recursos.

Para este autor:

“Los cuatro tipos de utopía aspiran a la felicidad: a la de cada cual o a la de todos; aquí, ahora o para siempre. Pero son de naturaleza distinta. La eternidad, la igualdad y la libertad son derechos; la fraternidad es una obligación moral. La eternidad y la libertad son estatutos individuales; la igualdad y la fraternidad son relaciones entre miembros de una sociedad determinada. La libertad y la igualdad son utopías de la abundancia; la eternidad y la fraternidad son utopías de la escasez. La libertad se define negativamente (no estar sometido); la igualdad se define positivamente (ser el igual del otro); la fraternidad asocia la felicidad individual con la de otros, es la única utopía altruista.”⁸⁷

Si se observa la anterior aproximación, las utopías de eternidad apuntan a responder ante las angustias de la soledad y del aislamiento, pero sobre todo a la angustia de la muerte, mientras que las utopías de la libertad señalan hacia la erradicación del conflicto y del sometimiento, es decir, hacia el mejoramiento de las instituciones sociales; la utopía de las igualdades, por su parte, señalaría hacia la superación de las relaciones asimétricas que dan lugar a la pobreza y sus consecuencias en cuanto a alimentación, enfermedades, abandono, en fin, pobreza e inestabilidad social. Estas derivaciones de la definición de Attali, parecen coincidir en espíritu con el modelo descriptivo que como definición alternativa de la utopía hemos propuesto y asumido páginas antes, y donde se toma distancia con respecto al modelo crítico descrito antes por Laplantine.

⁸⁷ Attali, J. *op. cit.* p. 62

Aún hay lugar para la utopía, parece poder deducirse de la postura de este autor, y no sólo en sentido literario, sino para la expresión utópica en cuanto pensamiento filosófico y político. Attali representa una apuesta actual, fehaciente y, afortunadamente para nuestra convicción, no es la única. Otras voces reclaman un lugar para la utopía en el debate de la cultura actual y en el de las políticas concretas. Y ese reclamo se hace desde argumentos menos traumáticos y menos prejuiciados políticamente, pero no menos documentados en la literatura y en la historia, ni menos fincados en la lectura del presente.

Por lo pronto, no quiero omitir que también en un plano más descriptivo que crítico en torno a la utopía, la doctora Schmidt ha formulado un bien logrado modelo de interpretación de la utopía, y expuesto que este género de pensamiento posee ciertas características constantes en todas las utopías históricas aparecidas después de *La República* de Platón, a la que tomaron como modelo arquetipo.

Para Schmidt la utopía:

“1. Manifiesta de manera consciente una reflexión sobre el problema del estado en general; en otras palabras, plantea el problema político por excelencia: el de la convivencia humana dentro de un conjunto social organizado. 2. Crítica el estado y la política reales de su propia época. 3. El modelo tiene la pretensión de ser un estado ‘ideal’ o ‘perfecto’. 4. Presenta una concepción general del mundo, una ‘cosmovisión’; dentro de ésta destaca, a su vez, una visión acerca del hombre, del estado y del sentido de la vida humana.”⁸⁸

Si esto es así, entonces la utopía ha de tener cabida en cualquier mundo donde haya algo por criticar al estado y la política reales; cabe la utopía, por supuesto, donde el sentido de la vida se agota en el consumismo y donde no hay por lo pronto un modelo alternativo de organización social. Donde lo que hay es una ideología tratando de convencer y legitimar la idea de que ya vivimos en la utopía,

⁸⁸ Schmidt O. U. *Platón y Huxley. Dos utopías*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1976, p. 7

la idea de que ya estamos instalados en el mejor de los mundos posibles y de que no hay alternativa a la vista por lo que sólo nos queda la resignación.

En ésta sugerencia intelectual e ideológica de las postrimerías del XX y comienzos del XXI de que estamos en el mejor de los mundos posibles falta un contenido fundamental de la utopía, contenido que le reconoce a éste género de pensamiento incluso la crítica más acerba de Laplantine y es, justamente, su contenido de rebeldía y de crítica de la realidad tal cual. Falta la crítica social y política, la crítica que hace visualizar otros destinos para la especie humana. Y esa carencia no es poca cosa, sobre todo si tomamos en cuenta que cuando se critica es porque se tiene algo distinto que ofrecer o porque se aspira a algo mejor.

En este punto, la pseudo utopía que se nos oferta en la situación actual, se estaría anotando un punto a su favor cuando menos mientras no aparezca el espíritu crítico de la utopía, del utopismo, lo cual es posible si asumimos, con Frank E. Manuel cuando afirma que:

“Aunque el crítico de hoy no pueda discernir ninguna nueva visión arrebatadora entre los ideales utópicos recientemente expuestos en el escaparate de la civilización, ya se trate de la noosfera de Teilhard de Chardin o de la autorrealización estético-sexual de Marcuse tras el ‘final de la utopía’, no puede, sin embargo, concluir afirmando dogmáticamente que el pensamiento utópico está muerto. El elemento utópico es una cosa difícil de atrapar o de predecir por su propia naturaleza; es lo que lo distingue de las extrapolaciones mecánicas de la futurología”⁸⁹

⁸⁹ Frank, E. Manuel. *El pensamiento utópico en el mundo occidental*. Tomo III. Editorial Taurus, Barcelona, 1984, p. 366

Aproximación a la utopía desde una concepción del hombre

Como última parte de este trabajo, se impone delinear alguna postura teórica personal sobre el tema. En las siguientes páginas vamos a presentar un esfuerzo particular de construcción de una forma de definir y entender la utopía, pero lo haremos con recato y modestia, apenas para fijar postura, sin la jactancia de querer superar, ni siquiera comparar con las posiciones encontradas que se expusieron anteriormente de manera sintetizada, una de carácter antiutópico, y otra muy favorable al destino de la utopía en la cultura humana del futuro.

Como se comenta en otra parte del escrito, la utopía, toda utopía, contiene una determinada antropología, una concepción del hombre y de su destino en la vida. Esta concepción puede ser consciente o inconsciente, explícita o implícita. El que esto redacta no escapa a esa exigencia, por más que dicha concepción tenga o no la coherencia total que se requeriría.

El hombre pertenece al reino animal. Comparte con el resto de los animales muchas de las compulsiones y de los comportamientos de aquellos. A decir verdad, la hominización no ha consistido en eliminar necesidades ni reacciones instintivas sino, cuando mucho, en satisfacerlas de “modo humano”, de modo diferente, aunque en lo fundamental sean las mismas. Es el caso de la alimentación, de la protección, de la reproducción, del movimiento, todas ellas características básicas de todo animal. Pero los hombres consumen muchos de sus alimentos una vez que son sometidos a la cocción, resultado del descubrimiento del fuego, y los producen como resultado de la domesticación relativa de las plantas y de otros animales. La protección se ha visto favorecida, al igual que la producción, por la invención o el descubrimiento de otros usos de los distintos materiales existentes en la naturaleza, empezando por el mismo cuerpo humano. La reproducción está –o suponemos que lo está– mediada por el sentimiento del amor y oficializada en los ritos de formación de parejas, es decir,

humanizada. El movimiento se ha humanizado al hacerlo más rítmico, acompasado, como ensayado, y luego convertido en actividad específica ya en el trabajo, ya en los deportes, ya en las artes dinámicas como la danza.

Y así se puede seguir hasta referir la humanización de todas las necesidades animales subsistentes en los hombres. Pero en el hombre, y precisamente para su conversión en hombre, surgen otras necesidades derivadas de una nota de humanización específica y capital, a saber, la formación de la conciencia.

La conciencia implica que el hombre ya no sólo cuenta con el instinto, sino con la capacidad para conocer sus necesidades y dirigir su actividad a satisfacerlas, pero también para agregar nuevas necesidades y conocer de las dificultades concretas que implica hallar los satisfactores.

En otras palabras, la vida se complica por la conciencia de nuestras necesidades, las básicas y las que se suman, y del esfuerzo que se necesita en todo momento para su satisfacción. Pues me parece que este proceso no termina, que es acumulativo, y una mala noticia, ni los demás seres vivos ni la naturaleza en su conjunto, ni siquiera –a título de los individuos y no de la especie– nuestros semejantes están para servirnos. En conclusión, el hombre se torna un animal cuya impronta es una insatisfacción prolongada, constante, y no sabríamos decir si infinita o no. Y ni el universo, ni la naturaleza ni los demás perciben que se deban los unos a los otros. Sólo la necesidad obligó a la socialización y a la cooperación, pero no la voluntad ni ninguna emoción innata.

Por ello el miedo a una protección deficiente, al hambre que acecha cada día, por eso la formación de la pareja como garantía de continuación de la especie, y por eso el carácter conflictivo derivado de una falta de instinto solidario.

Y todo ello puede resultar insoportable, literalmente insoportable, y de ahí las distintas formas con las que la conciencia ha tenido que responderse ante las

situaciones que prácticamente no ha sabido resolver en cada momento de la evolución histórica o biológica el hombre.

Por eso Dios, por eso los mitos, por eso las religiones, por eso la organización política, por eso la orientación guerrera, por eso las evasiones...y por eso la utopía.

La utopía es una actitud ante las circunstancias adversas señaladas u otras, es un resultado de la imaginación volcada al futuro –o a veces de huída al pasado–, es una respuesta a través de la cual los hombres han tratado de crear –en la imaginación o en los proyectos volcados a transformar la naturaleza y la sociedad– un mundo no existente con condiciones de existencia que se desean, pero que no se pueden alcanzar en lo inmediato. La utopía es proyecto, es proyección hacia delante –adelante querría decir a algo mejor– o hacia atrás –bajo el supuesto de que hubo una Edad de oro, por ejemplo–, pero con la imagen de que la satisfacción de todas las necesidades estaría garantizada, ya porque se han transformado las instituciones, ya porque se ha mejorado la técnica de producción, ya porque los hombres se han vuelto solidarios y generosos, cooperativos y laboriosos de manera casi instintiva, de que una nueva, una tercera naturaleza habría surgido, ya sea aquí y ahora –en la utopía que genera reacciones que no esperan al paraíso en un más allá– ya sea en un nuevo mundo creado a partir de una gran revolución –como las expectativas sociales que produjo la Revolución francesa–, ya sea en otro tiempo –aunque en esta caso se hablaría de ucronías– ya sea en otra dimensión, en otro planeta, o, como clásicamente debe entenderse, en un “no hay tal lugar” para tal mundo.

La utopía es el tipo de respuesta que pone a los hombres en acción para hacer que “el no hay tal lugar” del mundo deseado, donde una especie de tercera naturaleza y una nueva sociedad, hagan posible resolver todas las angustias de la existencia, todas las inquietudes y todas las necesidades que, como dije, son crecientes porque el hombre se ha convertido en un animal cuya esencia es la

insatisfacción. –Aunque ahora debo decir que albergamos algunas dudas acerca de esa naturaleza insatisfecha en virtud de la escasa capacidad de crítica acerca de la sociedad capitalista de principios del Siglo XXI–.

La utopía es el tipo de actitud y de respuesta de la conciencia, esto es, imaginaria, para un ser, el hombre, cuya esencia consiste, en nuestra opinión, en ser un animal siempre insatisfecho, un animal que además de conservar las necesidades básicas las ha incrementado con otras motivaciones humanas, entre las cuales podemos asentar la de preguntarse por su destino, de inquirir por su pasado, de temer a la muerte, de sentirse sólo, de aspirar a algo a lo que denomina felicidad; en fin, creo que el hombre es un ente utópico porque una segunda naturaleza le reclama una segunda forma de integración consigo mismo, con los demás, con la naturaleza y con el universo. Es el hombre un ente utópico porque es un ente de doble condición, existe y sabe que existe, muere, y sabe que muere, es individuo y es parte de una colectividad a la que nunca se integra del todo.

Si en otros tiempos las utopías religiosas consolaban sin redimir, hoy las utopías sociales vienen a decirnos que, luego de imaginar cómo habérmolas con nuestra existencia, es preciso movilizar energías para lograrlo. Si en ello se ponen en riesgo ciertos adelantos de la civilización –como las libertades individuales– y no hay garantía de encontrar el paraíso perdido, uno se pregunta ¿entonces es preferible quedarnos donde estamos y como estamos? ¿O vale la pena seguir intentando recrear en la imaginación los mundos de jauja o los mundos de Dioses para los hombres? Este redactor se inclina por el riesgo de la imaginación y la actuación y no por el pesimismo paralizante a que nos inducen las antiutopías de un Huxley o de un Orwell, o el conformismo cultural que se difunde hoy por todos los medios cuyo reflejo más evidente es la falta de crítica social y política.

Finalmente debo aclarar que hasta aquí he evadido el asunto de si la utopía es un producto de la racionalidad o una reacción más bien emocional, más cercana al instinto que a la razón. Tampoco he señalado si la utopía como tal se debe fundar

en conocimientos más o menos firmes y objetivos –científicos– o simplemente es reflejo de la ilusión, del deseo, de las angustias. Porque, por ejemplo, Laplantine describe que la utopía es racionalista y que trata de eliminar las reacciones propias del deseo y de la irracionalidad. O el señalamiento de que el socialismo utópico del XIX se quedó como rabón porque careció de conocimientos científicos para avizorar sobre los medios adecuados a la realización de sus postulados.

Ante los cuestionamientos anteriores, y desde la posición antropológica expuesta, me parece excesivo exigir que toda idea, que toda proyección utópica, que todo deseo humano, tenga o haya tenido una fundamentación científica. La utopía precede en la historia a la ciencia tal cual se la entiende ahora, y desde la ilustración, cuando menos. Y el hombre, aún en su segunda naturaleza, obra, actúa, piensa, imagina y quiere, tanto de manera racional como irracional por la razón de que su segunda naturaleza no ha implicado la desaparición de la naturaleza primaria, la animal. De modo que la utopía puede contener su carga de racionalidad, pero también de irracionalidad, donde irracionalidad no significa fuera de razón, sino que no puede dar razón de todo cuanto desea, de todo cuanto anhela, de todo cuanto produce su imaginación en respuesta a sus necesidades percibidas. El hombre es un ente utópico, porque es un ente creador de necesidades y de deseos, y ésta esencia creadora es dinámica, cuando menos así lo percibimos y quizás así lo constatan las últimas creaciones en el orden de las ciencias, de la tecnología, de las comunicaciones.

La anterior forma de enfocar la utopía, pretende ser descriptiva, pero es claro que también hay un enfoque valorativo en su favor, el cual no evadimos. Hasta aquí nuestra aproximación personal al concepto de la utopía mantiene una relación absoluta con una determinada forma de concebir al hombre, a ése ente, utópico por definición, y cuyo horizonte no se agota en ningún presente ni en ningún tipo de sistema establecido, pues aún si las necesidades, eventualmente, pudieran satisfacerse o eliminarse, los sueños que se sueñan despiertos permanecen, siguen inquietando a los hombres.

Conclusiones

Al llegar a la parte conclusiva del trabajo, lo primero por decir es que contiene una serie de aproximaciones generales a la utopía. Que en lo fundamental se pueden percibir dos tipos de orientaciones, tanto en las posturas de los autores recurridos, como en los razonamientos que se formulan; unas donde prima un carácter teórico y analítico, y otras donde se destaca la valoración positiva o perjudicial de sus influencias en la civilización. En las posturas de los autores a los que recurrimos, a veces el énfasis analítico sirve al objetivo de criticar al pensamiento utópico, pero en otras aproximaciones, por el contrario, el concepto sirve para dar un sentido positivo a la influencia de la utopía en la historia, por cuanto ha impulsado a los movimientos de liberación y de transformación colectivas.

De las primeras, destaca la postura de Francois Laplantine que en *Las voces de la imaginación colectiva* plantea una caracterización de la utopía de la cual podríamos deducir que no sólo no es deseable su retorno, sino temible y de grandes peligros para la civilización, El argumento de fondo de Laplantine es que la utopía es excesiva y terriblemente racional, siendo que el hombre se definiría no sólo por su racionalidad, sino también por su irracionalidad, entendiéndose por ello que el deseo y los motivos de la sensualidad tienen un lugar que la utopía les niega. Las disciplinas desde las cuales procede el análisis de este autor, por sí mismas, anuncian sus conclusiones pesimistas de la utopía, son la antropología y la etnopsiquiatría.

De las segundas, pero con un marco de análisis de la utopía en la historia más simplificado, Jacques Attali, en *Fraternidades. Una nueva utopía*, por el contrario, concluye enunciando una nueva formulación teórica y ética de la utopía, la que a su juicio ya anuncia su presencia y a la que se refiere como la utopía de la fraternidad, que vendría a continuar el proceso de generación de este tipo de pensamiento, proceso que ha acompañado al género humano y que inició con las utopías de la eternidad, continuo con las utopías de la igualdad, y que hoy, ante la

crisis de la utopía de la libertad en la que estamos viviendo, la respuesta recibe el nombre de utopía de la fraternidad, de la cual el autor encuentra muchas manifestaciones concretas.

Estos autores me parecieron los más convincentes y actuales de la utopía. Attali, mantiene el signo de la esperanza utópica, mientras que Laplantine establece una muy filosa fundamentación antiutópica. El recurso analítico es bien claro en ambos así como la explicación histórica, y a nosotros nos deja clara una cosa. En utopía, el análisis es necesario pero insuficiente para fundar un consenso y una posición al respecto. Quiere esto decir, entonces, que cierta inclinación a creer, y cierto recurso a la voluntad y a la solidaridad, al sentido social de sí, determinan finalmente nuestra posición personal de la utopía, que es a la vez una posición auto asumida en el mundo.

Otros autores tocan puntos relevantes del debate utópico. Popper en su estilo lógico y preciso, y admitiendo que no es la razón ni la ciencia quien ayuda a definir fines últimos, concluye que, dado que la utopía plantea ese tipo de fines, entonces, ante la existencia de fines alternativos, se asoma el recurso a la violencia para hacerlos prevalecer y, por eso, su aprecio por la utopía está cercano al cero, y en este aserto da por descontado que el socialismo de cuño marxista es o fue una utopía, un producto de la propensión utópica de algunos hombres, nada recomendable, ya que para él, la felicidad utópica habría que dejarla en las manos de cada individuo.

Otra postura importante fue la de Engels y de Sánchez Vázquez, quienes argumentan para distinguir entre un tipo de socialismo y otro, el utópico y el científico. Aquí lo que parece que hemos descubierto para nuestro consumo, es que tal distanciamiento no contiene un rechazo de la utopía desde la perspectiva marxista, sino solamente una separación por cuanto el científico aspira a transformar la sociedad y se apoya en el conocimiento de las ciencias, adoptando los medios adecuados, mientras que el socialismo utópico, del que se distancian,

no procede a este proceso de transformación y, si lo intenta, no posee el instrumental del conocimiento ni los medios adecuados. Sin embargo, Engels reconoce la genialidad de los creadores del socialismo, y Sánchez Vázquez admite que Marx pisó el suelo de utopismo pese a la claridad que tenía de la distancia en que había que mantenerse. En esta misma línea, hemos atraído a Marcuse, quien acusa una franca cercanía con la utopía por cuanto la utopía no sirve si se plantea como imposibilidad absoluta, pero en cuanto lo imposible sólo lo es relativamente, entonces es válido el planteamiento de ideales sólo provisionalmente imposibles. La generación de utopías, para él, tiene sentido en cuanto hay nuevas necesidades humanas, y en su obra las sintetiza en la fórmula de necesidades estético-eróticas. Creo que estos autores son favorables a la vigencia de la utopía, si bien matizan y no hacen explícita esa postura.

Otros autores fueron citados para fundamentar alguna idea en desarrollo o para avalar que la utopía es necesaria, que lo ha sido en otros tiempos y debe seguirlo siendo como guía para la acción dirigida a la realización de ideales. Recurrimos a autores que permitieran ubicar la utopía en el curso de la evolución social y humana. Pero otros más, porque exponen diferentes modelos de análisis de la utopía y, al exponer esas diferencias, fundamentan el carácter polémico, escurridizo, complejo y poli semántico del término, cuyas diferencias descriptivas prefiguran, a su vez, diferencias valorativas.

Para concluir, he de señalar que el modelo de análisis propuesto por quien esto escribe, pese a su esquematismo o por eso mismo, tiene el propósito de mantener cierta asepsia valorativa, que pueda servir al estudio desprejuiciado de utopías concretas, de ahora o del pasado, ya sea para clasificarlas de acuerdo con la angustia, necesidad o anhelo al que intentan dar respuesta, o bien de acuerdo a los recursos de solución en los que se apoyan para su realización. Y resultó inevitable a partir de ese modelo, fijar una cierta postura personal sobre la utopía, ligada fundamentalmente a una forma de concebir al hombre, como un ser en el que las necesidades nunca terminan porque crea otras, como un ser insatisfecho,

cuya insatisfacción le lleva a imaginar formas distintas de pensar su existencia y a la utopía como uno de los productos de esa imaginación. Un ente siempre insatisfecho, es un ente generador de utopías, eso es el hombre.

BIBLIOGRAFÍA

- Attali, J. *Fraternidades. Una nueva utopía*. Editorial Paidós, Barcelona, 2000. Biblioteca del presente no. 13. Edición en francés 1999. Traducción de Enrique Folch González
- Cappelletti, Angel J. *Utopías antiguas y modernas*. México, Puebla, Editorial José M. Cajica. Sin año de edición
- Cioran. E.M. *Historia y Utopía*. Tusquets Editores, Barcelona 2003. Colección Marginales número 102. Traducción Esther Seligson. Edición en francés 1960
- Dubos, R. *Los sueños de la razón. Ciencia y utopías*. Editorial Fondo de Cultura Económica. México, 1976. Colección Breviarios, número 190. Primera edición en español 1967. Edición en inglés 1961. Traducción Juan Almela
- Engels, F. *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Editorial Progreso, Traducción de 1978
- Frank, E. Manuel. *El pensamiento utópico en el mundo occidental*. 3 vol. Taurus Ediciones, Madrid, 1981. Versión en inglés en 1979, Harvard University Press
- Laplantine, F. *Las voces de la imaginación colectiva. Mesianismo, posesión y utopía*. Editorial Granica, Barcelona, 1977 Colección hombre y sociedad. Edición en francés 1974. Traducción Hugo Acevedo
- Marcuse, H. *El fin de la utopía*. Siglo XXI. Editores, México, 1968. Edición en alemán 1967
- Nettlau, Max. *Esbozo de historia de las utopías*. Ediciones Imán, Buenos Aires, 1934. Traducción D. Abad de Santillan
- Neussüs, A. *Utopía*. Barral Editores, Barcelona, 1971. Colección Breve Biblioteca de Reforma. Edición en alemán 1968. Traducción María Nolla
- Popper, K. *La miseria del historicismo* Alianza Editorial, Madrid, 1973. 1ª edición en español por Taurus Ediciones 1961. Traducción Pedro Schwartz
- Rougier, L. *Del paraíso a la utopía*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1984. Colección popular número 245. Edición en francés 1979. Traducción Óscar Barahona y Uxoá Doyhamboure

Sánchez, Vázquez, A. *Del socialismo científico al socialismo utópico*. Ediciones Era, México, 1975. Colección serie popular número 32

Schmidt, Osmanczik, Ute. *Platón y Huxley. Dos utopías*. UNAM, México, 1976. Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos número 3

Servier, J. *Historia de la utopía*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1969. Edición en francés 1967. Traducción Pierre de Place

Uscatescu, G. *Utopía y plenitud histórica*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1963.